



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**Reproducción social y contradicción valor de uso-valor en el
análisis marxiano del dinero: un análisis previo al examen del
capital**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:
ATZÍN ADRIÁN PÉREZ RAMÍREZ**

MTRA. DIANA GRISEL FUENTES DE FUENTES



CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX. 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción

El abandono de las teorías objetivas del valor 1

Capítulo 1

Nociones de valor y riqueza de los preclásicos en *Teorías del plusvalor*

Sir James Steuart. El problema general del plusvalor 9

1.1. Sir James Steuart. El problema del plusvalor y la indistinción entre valor y riqueza 10

1.2. Los fisiócratas. La identidad del valor y la riqueza en sentido material 17

Capítulo 2

Adam Smith

Los conceptos de mercancía y la polisemia del valor 30

2.1. Limitaciones de la teoría del salario 39

2. 2. Fundamentación del valor alternativa al salario 47

2. 3. El beneficio y la independencia de lo nominal 58

Capítulo 3

Karl Marx

Fundamentación trascendente del Valor 83

3. 1. Propuestas para una reinterpretación del plusvalor marxista 88

Conclusiones 97

Bibliografía 99

Introducción

El abandono de las teorías objetivas del valor

En 1896, Eugen von Böhm-Bawerk abre su crítica al trabajo de Marx con el siguiente comentario: “Nadie dirá que su obra pueda ser clasificada entre los libros que son fáciles de leer, ni fáciles de entender.”¹ Con estas palabras hace alusión directa a *El Capital*, pero más que la dificultad que esta obra presenta al lector, a Böhm-Bawerk lo que le asombra es la popularidad, el alcance y la impronta que claramente dejaba ya en la historia del siglo XIX, y que no declinaría en todo el siglo XX, pues como él mismo dice: “Muchos otros libros encontrarían su camino a la popularidad abrumadoramente trucado incluso si hubiesen trabajado con un lastre más ligero de dialéctica dura y deducción matemática aburrida.”²

Y es que ya desde sus primeras páginas, *El Capital* nos confronta con un cuerpo conceptual maduro y a su vez original, que exige de nosotros un conocimiento previo de dialéctica y pensamiento económico, a la par que renueva y trastoca los significados de los conceptos que retoma de la tradición. Además, toda esta abundancia de significados es puesta en juego en un estilo expositivo dentro del cual Marx retoma las hipótesis de la economía política para trabajar sobre ellas, demostrar sus aciertos, apuntar sus fallas y ejecutar la crítica del desarrollo del capital que se oculta detrás de premisas aparentemente inocuas. Todo por igual. No sería de extrañar que esta obra se haya vuelto un clásico que demanda una exégesis constante, y que en ocasiones nos cueste como lectores discriminar entre las posturas y opiniones propias de Marx respecto de las premisas ajenas que somete a crítica.

1 Böhm-Bawerk, Eugen von, *Marx and the close of his system*, [Edición de Paul M. Sweezy], Augustus M. Kelley, Nueva York, 1949, p. 3.

2 *Idem.*

Afortunadamente el análisis previo a varios de los temas reunidos en *El capital* ya fue desplegado por Marx mismo en su obra *Teorías del plusvalor*, lo que no implica que la labor está concluida, pero al menos nos facilita la lectura de *El Capital* desde una fuente unificada, perteneciente al mismo autor, pero externa al discurrir expositivo de su magna obra. Es por esta razón que me propongo aquí dar marcha atrás y remontarme a este texto, *Teorías del plusvalor*.

Ahora, la labor no está concluida gracias exclusivamente al análisis de los conceptos y a la crítica de la tradición que se nos presenta en *Teorías del plusvalor*. Éstos sirven a un fin, que es la elaboración del propio cuerpo conceptual que Marx necesita para su proyecto principal. Partir de la imagen que Marx tiene de su propio trabajo en oposición a sus antecesores es la ventaja que quiero explotar, pero a su vez representa un sesgo que nos impediría profundizar por nuestra cuenta en el contenido de los conceptos. Por lo dicho, he decidido asistirme de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel pues encuentro en la dialéctica que expone la realización del espíritu algunas afinidades con aquella dialéctica que explica el desarrollo histórico del concepto de plusvalor.

Cabría esperar que el tema central de este trabajo fuera exclusivamente la teoría marxista del plusvalor *estricto sensu*, pero tal teoría se presenta de manera acabada en *El Capital* y no en *Teorías del plusvalor*. Lo que allí se nos expone es un estudio del pensamiento de diversos autores que, desde la perspectiva de Marx, contribuyeron a la conceptualización del plusvalor, y en consecuencia a la construcción de una teoría del valor, pero que al no ser desarrollada con esos términos por sus antecesores, a lo más podría ser llamada *teoría de la ganancia*. Siguiendo esta idea según la cual el plusvalor deviene existente sólo después de un proceso de realización histórica lo abordaré como un producto de la dialéctica entre la riqueza y el valor, que responde a su vez a un movimiento dialéctico entre lo material y lo nominal.

Respecto a la selección de fuentes, he decidido limitar la investigación desde los primeros autores que aborda Marx hasta Smith, pues encuentro en este último un concepto de riqueza ya bastante elaborado.

Queda claro que este es un análisis previo a *El Capital*, a la teoría del valor, y por ende, a la teoría del plusvalor. Siendo este el caso, cabe preguntar ¿de qué sirve tal análisis?, si como se suele opinar desde la charla de pasillo o el foro de internet hasta la discusión formal, “Marx ya ha sido superado y refutado por von Bawerk”. El núcleo de dicha refutación fue la crítica a la llamada *Teoría objetiva del valor*, que no sólo pertenece a Marx, sino que tiene sus raíces en las ideas de los primeros pensadores de la economía política. Mi propósito es que el análisis del desarrollo histórico del plusvalor dé cuenta también de su conformación en una teoría consolidada por varios autores hasta llegar a Marx. Dicho análisis servirá para determinar³ cuál es criterio de objetividad que denominaría como tal a la teoría del valor de Marx, para finalmente juzgar si ésta se suscribe dentro de tal categorización a la que Böhm-Bawerk dirigió su crítica, o por el contrario se desmarca de ella. Si fuese lo primero, la crítica de Bawerk sería acertada; si fuese lo segundo, el contexto de la crítica sugeriría que la teoría marxista sería de carácter subjetivo, o bien, que existe una tercera vía, una en la que el valor tiene una objetividad distinta a la que se le suele achacar. Mi hipótesis corresponde a esta última opción. Además, considero que esta tercera vía consiste en una objetividad de carácter trascendente dentro de la dialéctica hegeliana, pero que dentro del materialismo marxista aún falta que sea nombrada y estudiada en su aplicación económica.

El problema del plusvalor se puede reducir en la siguiente pregunta. Si no hay tal cosa como una creación *ex nihilo*, entonces, ¿cómo es posible que exista cualquier ganancia partiendo de

3 Cabe aclarar desde ahora que al ser esta una lectura del texto marxista desde la Lógica de Hegel, el uso que yo hago de la palabra “determinación” corresponde al sentido que le da este último, y no al que tendría en el pensamiento de Marx. Es particular entiendo por determinación a la constitución del concepto de cualquier objeto, y que surge la delimitación de lo existente mediante “términos”. Determinar es más que sólo acotar y señalar un objeto con palabras, sino que requiere una lógica por la cual un término cae o no dentro del concepto de cada existente, y hace que este pase de ser me indeterminación a un objeto definido.

mercancías dadas? Esta pregunta se la hicieron Marx y sus antecesores sin conseguir una respuesta satisfactoria. Posteriormente la escuela austriaca halló una alternativa proponiendo el carácter subjetivo del valor, y por ende, eliminando de raíz la pregunta sobre el plusvalor en los términos marxistas. No obstante, el mismo problema resurge en las teorías subjetivas desde otra perspectiva. Finalmente, la discusión sobre el valor ha sido postergada indefinidamente por las principales escuelas económicas contemporáneas, ya en su vertiente objetiva o subjetiva. Mas descuidar un concepto tan elemental para el pensamiento económico, como lo es el valor, también conlleva perder el resto de nociones que se derivan de él, y en particular en la reflexión marxista implica hacer incompatible el lenguaje de Marx con la economía actual y sus problemas, relegando sus mayores aportes al área meramente política.

En 1867 es publicado el primer tomo de *El Capital*, mientras que el tercero es publicado póstumamente hasta el año 1894. Durante ese periodo de tiempo aparecieron las primeras críticas a la obra, entre las cuales Otto Bauer señalaba la oscuridad del lenguaje hegeliano. Al año de publicarse el tercer tomo, Engels escribió los *Apéndices para el tercer tomo de El capital*, y en correspondencia a Werner Sombart menciona:

[...] toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación. [...]. En lo tocante a esta cuestión encontramos indicaciones, ante todo, en las páginas 153-156, tomo III, parte I, que tienen igualmente importancia para la exposición que hace usted de la noción del valor y prueban que este concepto ha poseído o posee más realidad que la que usted le atribuye. En el comienzo del cambio, cuando los productos se fueron transformando paulatinamente en mercancías, se cambiaban aproximadamente *con arreglo a su valor*. El único criterio de la confrontación cuantitativa del valor de dos artículos era el trabajo invertido para producirlos. En consecuencia, el valor tenía *una existencia inmediatamente real*. Sabemos que esta realización inmediata del valor en el cambio ha cesado, no existe más. Creo que no le costará mucho trabajo advertir, al menos en rasgos generales, los eslabones

intermediarios que llevan desde este valor inmediatamente real al valor bajo la forma de producción capitalista; este último está tan profundamente oculto que nuestros economistas pueden negar tranquilamente su existencia. La exposición auténticamente histórica de este proceso que, hay que reconocerlo, requiere un estudio minucioso de la materia, pero cuyos resultados serían particularmente remunerativos, sería un complemento valioso para *El Capital*.⁴

Poco después, en 1896, Eugen von Böhm-Bawerk libera su veredicto sobre la obra de Marx en el cual ataca su concepto de valor fundamentado en el trabajo y su ley del valor. De ambas afirma que no se sostienen en la evidencia empírica o histórica, y que por lo tanto, su elaboración sólo puede surgir de falsos supuestos dialécticos. Además agrega una respuesta también a Sombart en la cual arremete contra su concepción exclusivamente teórica de la ley del valor. Esta crítica ya la había realizado Engels, pero desde la postura citada. Para Engels el trabajo de Marx siempre pretendió hallar las causas objetivas de los fenómenos económicos, y reducir la ley del valor a un mero postulado teórico necesario para dar coherencia a los fenómenos no formaba parte del plan de trabajo de su autor. Para Böhm-Bawerk, por el contrario, el error reside en considerar a la ley del valor como una verdad objetiva en general, y la alternativa teórica de Sombart sólo es la comprobación de su inviabilidad incluso en sus formulaciones enmendadas.

Ya para 1904, Rudolf Hilferding responde a la crítica de Bawerk. En ella insiste en el encubrimiento del componente social en la formación de valor que comete la escuela psicológica, pues así como los primeros pensadores económicos (llamados vulgares por Marx) redujeron las relaciones sociales de producción a meros intercambios individuales, Bawerk también reduce lo social a factores psicológicos.

Estos trabajos representan, no obstante, el inicio del ocaso de la reflexión económica marxista en occidente. El mismo Hilferding se percata de eso en su momento, pues nota que la polémica del

⁴ Engels, Friedrich, *Carta a Werner Sombart del 11 de marzo de 1895*. Consultado en la web en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e11-3-95.htm#n2>

valor entre marxistas y la escuela psicológica es simplemente ignorada por otras escuelas que en adelante ganaron mayor relevancia dentro de la ciencia económica. Así, las mayores contribuciones que encontramos posteriormente son la publicación en 1954 de la *Teoría de la dinámica económica* por Kalecki. Y después, motivada de una parte por la obra de Kalecki y de otra por la de Keynes, Joan Robinson retoma el pensamiento económico de Marx para enriquecer su propio trabajo, aunque siempre en el marco teórico de keynesianismo, y no ya del marxismo.

Este panorama ilustra el abandono no sólo de las tesis más problemáticas del pensamiento económico marxista, sino en general del mismo. Sin embargo, el valor como categoría es fundamental dentro del pensamiento económico, y en la construcción sistemática de esta ciencia social no puede ser pasado por alto. Por ello, en las últimas décadas podemos encontrar pensadores como Shimshon Bichler y Jonathan Nitzan que partiendo de la querrela del valor empiezan a publicar nuevas propuestas teóricas.

Espero que con este trabajo se abra una puerta a la reinterpretación del pensamiento económico de Marx fuera de las clasificaciones en las que se le ha situado. En particular, espero que se pueda vislumbrar una teoría del valor más allá de la oposición objetivo-subjetivo, que permita volver a preguntarse por los criterios fundamentales del valor, sin necesidad de caer en los extremos de un materialismo burdo o de la subjetividad radical.

Dar un marco nuevo a la teoría del valor de Marx nos permitiría también traer de vuelta otros de sus conceptos como son el plusvalor y la explotación. Y con ellos replantearnos las relaciones laborales actuales. Replantear cómo se establecen las relaciones entre empleados y empleadores más allá de las leyes de oferta y demanda requiere un aparato explicativo que establezca sus cimientos desde un pensamiento económico alternativo. Esa es la tarea a la cual deseo contribuir.

En el primer capítulo me ocupo de plantear el problema general del plusvalor como un problema de ganancia. Expongo cómo la existencia de la ganancia por sí misma se volvió una imposibilidad para Sir

Steuart James y presento los dos conceptos que me permitirán desarrollar la dialéctica del plusvalor; estos son riqueza y valor. Una vez expuesto el problema continúo con los fisiócratas e inicio en paralelo la exposición de la dialéctica hegeliana. El estudio de la escuela fisiocrática me permite argumentar a favor del paralelismo entre los conceptos de riqueza y valor, en relación con los de materialidad y nominalidad.

En el segundo capítulo abordo a Adam Smith con las herramientas elaboradas en el primero, a saber, la dialéctica del plusvalor comparada con la dialéctica hegeliana, y expresada en los conceptos de riqueza/valor y material/nominal. Con ellas analizo el concepto de mercancía, y las duplas de conceptos valor de uso/valor de cambio, salario/beneficio, trabajo vivo/trabajo materializado, precio real/precio nominal y precio natural/precio de mercado. Al término de este capítulo pretendo mostrar como Marx tenía en cuenta en su propio estudio de Smith que este cuerpo conceptual no constituía un sistema capaz de resolver el problema general del plusvalor, sino un colosal galimatías producto de un afán por hacer de la ganancia una entidad material. En otras palabras, un afán por la objetividad del valor.

Por esto mismo, en el tercer capítulo despliego mi hipótesis en la cual la teoría del valor de Marx no puede ser planteada en términos abstractamente materiales, ni puede reducirse a su metáfora de “gelatina de trabajo humano indiferenciado”. El materialismo de Marx no se reduce aquí a la identidad entre valor y materia. Considero que tal recurso es empleado por Marx al carecer una herramienta conceptual que le permitiera nombrar de una manera más concisa el paso del trabajo vivo al trabajo materializado. Esto es un obstáculo que no puede sortear, a pesar de ser consciente de las dificultades que acarrea. No obstante, el trabajo que confecciona alrededor del problema del plusvalor conjuntando sus dos obras, *Teorías del plusvalor* y *El Capital*, nos da la pauta para proseguir en la resolución de este problema, y espero que mi propuesta de trabajar paralelamente la dialéctica del

plusvalor con la hegeliana contribuya a una futura búsqueda de un criterio de objetividad alternativo, con la cual se abran nuevas lecturas de *El Capital* para el pensamiento económico.

Capítulo 1

Nociones de valor y riqueza de los preclásicos en *Teorías del plusvalor*

Sir James Steuart. El problema general del plusvalor

Para abrir la discusión empezaré distinguiendo cuándo la tradición de la economía política anterior a Marx hace uso de una noción de riqueza y cuándo de una noción de valor. Pero, con el fin de que esta tarea no sea un ejercicio de recopilación baladí, antes mencionaré bajo qué criterios discriminaré la información, y dentro de qué límites la organizaré.

En este primer capítulo usaré el texto *Teorías del plusvalor* donde Marx estudia detenidamente a varios pensadores de la economía política. La razón de esta elección es que *Teorías del plusvalor* se enmarca dentro de un proyecto de crítica al proceso de producción del capital que culmina con la redacción de su magna obra, *El Capital*, el cual daría cuenta de cómo éste fue constituyéndose como un fenómeno al que posteriormente se conocerá como capitalismo. Se suele admitir que dentro de tal proyecto crítico, *Teorías del plusvalor* jugaría un papel de complemento histórico al margen del trabajo primordialmente teórico de *El Capital*; sin embargo, *Teorías del plusvalor* es ya en sí mismo una interpretación de los avances y retrocesos de la economía política desde la visión de Marx, y no sólo una colección de datos que respaldarían las ideas contenidas en otra obra.

Así, primero tenemos que remarcar que en *Teorías del plusvalor* las ideas de valor y riqueza, entre otras, no son conceptos acabados, sino que es justo su proceso de definición y conceptualización

lo que se nos ofrece; y segundo, que tal recorrido explicativo va demostrando cómo dichos conceptos se van fijando sólo según su utilidad a un tercero, el de plusvalor, que dará a su vez forma al concepto de capital. Luego, el proceso que trato de reconstruir tiene su horizonte dentro del proceso de construcción de este tercer concepto, y en él se detiene, pues avanzar hacia la explicación del capital va mucho más allá de lo necesario para cumplir los objetivos de esta investigación: reevaluar los presupuestos filosóficos del concepto marxista de plusvalor.

Por lo dicho, la investigación sobre el valor y la riqueza que presento en este primer capítulo pretende señalar cómo estos conceptos, según la lente de Marx, fueron configurándose a la par que nacía una idea del capital como entidad por derecho propio. Y la guía que me permitirá dibujar una línea de continuidad en este desarrollo será la *Lógica* hegeliana. Aunque cabe aclarar que si bien sigo la continuidad de la *Lógica*, también hay divergencias entre ambas dialécticas, las cuales iré apuntando en su momento.

1.1. Sir James Steuart. El problema del plusvalor y la indistinción entre valor y riqueza

Que en *Teorías del plusvalor* se nos ofrece un trabajo interpretativo es notorio desde su inicio donde Marx ya hace uso del concepto de plusvalor para analizar la obra de Sir James Steuart, y lanza una definición breve del mismo como “ganancia en la forma de ganancia”⁵. Entonces, lo que a lo largo de la obra conforma una teoría del plusvalor es el intento de concretar una explicación sobre cuál es la *forma* de esta ganancia evitando la patente redundancia en tal definición. Por lo tanto, lo que se busca demostrar es cómo esta ganancia obtiene su forma como algo distinto e independiente a los procesos de los que surge, o en los que está inmersa; sea esta independencia real o aparente. Como veremos cerca

5 Marx, Karl, *Theories of Surplus-Value (Volume IV of Capital) Part I*, Ch. I, [Traducción al inglés de Emile Burns], 2ª reimp., Progress Publishers, Moscú, 1969, p. 41.

del final de este escrito, en el proceso de mutua determinación del valor y el plusvalor, el concepto de valor deviene dependiente del plusvalor, por lo tanto, la teoría del primero se subsume a la del último. Marx reconoce de Steuart que a pesar de explicar el plusvalor como un fenómeno relacionado al intercambio —interpretación según la cual vender mercancías por encima de su valor sería generación de riqueza— al menos al reconstruir esta visión de manera estricta, sentó las bases para su abandono; pues su teoría, que se vuelve contradictoria, revela los errores propios del mercantilismo. Escribe:

Porque Steuart no comparte la ilusión de que el aumento de plusvalor para el individuo capitalista que le viene de vender mercancías por encima de su valor es una creación de nueva riqueza. Él distingue entonces entre ganancia positiva y ganancia relativa.⁶

En el pensamiento de Steuart existe una la relación entre una ganancia positiva (aumento de los *bienes públicos*, en sus palabras; *masa de valores de uso*, en palabras de Marx) y una relativa. Así, el precio de una mercancía se compondría de un valor real y de un *beneficio*⁷ sobre la alienación, que es la ganancia proveniente de la venta. El primero, a su vez se compondría del agregado del trabajo que en promedio cualquier trabajador requeriría utilizar, el valor de su subsistencia, y el valor de sus materiales. Por encima de este agregado todo sería un beneficio extra en favor del productor, es decir, un plusvalor.

Esta distinción en el *precio de la mercancía* donde una parte corresponde a un valor real y otra a un beneficio es ya la estructura general con la que se puede explicar el plusvalor, pero para poder entender el proceso de configuración de los conceptos de valor y riqueza asociados al plusvalor, y posteriormente al capital debemos detenernos a hacer algunas anotaciones. Primero, Marx señala que Steuart empieza por desligar el plusvalor respecto del intercambio al distinguir dos tipos de ganancia, no obstante, esto derivaría en una contradicción que reclamaba ser resuelta. El término que utiliza

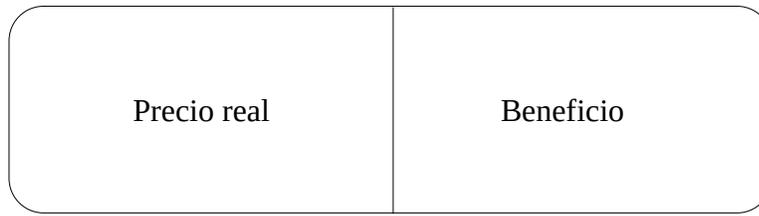
6 *Idem.*

7 Traduzco en este caso, *profit*, por beneficio y no por ganancia sólo por razones prácticas y de estilo, ya que a continuación las diferentes formas de *profit* se verán encontradas dentro del análisis. Modifico una para facilitar la lectura.

Steuart es ganancia, que no es equivalente al término marxista de plusvalor. Al no ser conceptos idénticos, Marx es capaz de trasladar la contradicción entre ganancia positiva y relativa hacia el concepto de plusvalor, lo que le facilita el análisis. Veamos cómo opera esto.

Estructura general del plusvalor

Precio total de la mercancía o precio de mercado



Al bifurcar la ganancia en dos conceptos, Steuart asocia al conjunto de los bienes en general, es decir, la riqueza, a un precio que llama *real*. Así, todo aumento en la riqueza es una ganancia real, o, en otras palabras, positiva. A la par, el beneficio sobre la alienación quedará exclusivamente ligado a un precio distinto, el precio de mercado; precio que no depende de la cantidad de riquezas en cuestión, sino de la cantidad por la que son intercambiadas. Esta es una ganancia relativa, no sólo por depender de otro conjunto de mercancías, sino porque un aumento en la ganancia no implica un aumento real de la riqueza, sino sólo una distribución de la ya existente. Observemos que Steuart no habla de bienes particulares, sino de bienes públicos, puesto que en su concepción la ganancia real es un aumento de la riqueza del conjunto de la sociedad. Desde esta perspectiva, en cualquier sistema de intercambio, una ganancia real implicaría que si en el sistema hay una cantidad X de bienes, tras la ganancia habrá $X+Y$ bienes, sin importar la cantidad de agentes que participen de los intercambios, ni de su perspectiva sobre la ganancia, ni su rol dentro del cambio, ni su condición como propietarios. Por contra, la ganancia relativa considera la perspectiva particular donde uno de los dos agentes tiene x_1 bienes, y tras el intercambio obtiene del otro x_1+x_2 bienes. En este caso, al sistema no se integran nuevos bienes Y ,

sino que los X se distribuyen pasado de un agente a otro. Podemos colegir de esto que la ganancia real de Steuart implica una producción de riqueza, mientras que la relativa sólo requiere su intercambio. Aquí, si ganancia es riqueza, también lo es el plusvalor, mientras que el valor no queda aún definido unívocamente, pues esta noción está en juego en el precio de las mercancías según su valor real lo mismo que según su beneficio.

De manera análoga, cuando Marx hace uso del concepto de plusvalor para analizar el movimiento de Steuart, vemos que el *valor real* (y no ya el precio) de las mercancías es derivado de su proceso de producción, y, por ende, también queda ligado a la generación de riqueza⁸. Del otro lado, el plusvalor, que corresponde al intercambio, termina por provenir exclusivamente de él, y se separa del valor real.⁹

Ahora, recordemos que el plusvalor es aquella forma en que la ganancia se muestra como tal, luego, si el beneficio sobre la alienación es el origen del plusvalor, entonces la forma de la ganancia es este beneficio desligado del valor real, es decir, de la generación de riqueza. Desde el pensamiento de Steuart se vuelve imposible derivar el plusvalor desde la producción, y por tanto, es imposible que exista una ganancia positiva durante el intercambio como pretendía el mercantilismo, puesto que toda supuesta ganancia real es idéntica a un nuevo bien que ha de ser introducido con anterioridad al cambio. Siendo así, si los bienes ya están dados, no se puede esperar que de ellos surja una ganancia real, sino a lo sumo, que la producción añada más bienes desde fuera. Por ganancia se entiende que de una cantidad de bienes se puedan obtener aún más de ellos, mas en la concepción de Steuart vimos que esto sólo es posible cuando miramos desde la perspectiva sesgada de un particular. Luego, si hay ganancia, esta ha de ser meramente relativa.

8 Insisto en escribir generación de riqueza y no simplemente riqueza desde ahora, aunque la distinción entre ambas se volverá relevante mucho más adelante.

9 Esto en el marco de *Teorías del plusvalor*, pues posteriormente Marx reubicará el plusvalor dentro de la producción.

Marx concluye que el fallo de Steuart radica en reducir toda ganancia a un beneficio sobre la alienación, y por tanto, todo plusvalor para él es meramente un añadido yuxtapuesto dentro del precio al valor real, pero ajeno completamente a él. Así, resulta conflictivo que Steuart rechace la legitimidad del valor relativo como auténtica forma del valor, mientras reduce toda ganancia a valor relativo. Marx, no obstante, reconoce su impronta, pues no sólo disidió de la idea mercantilista según la cual la generación de riqueza se debe al intercambio, sino que, inauguró una línea de pensamiento económico donde la riqueza y el valor se separan como fenómenos cada vez más lejanos.

En *Teorías del plusvalor* veremos descrito el desarrollo de una relación dialéctica entre una forma primigenia del valor por su relación con la producción de riquezas, y otra forma de valor que sin embargo va sobreponiéndose a la primera como la forma auténtica. Pero antes de cerrar esta presentación del problema me permitiré añadir mi interpretación de la manera más simple que me es posible. Para este fin me remito a Hegel quien en su *Ciencia de la Lógica* explica una dialéctica análoga a la tratada aquí. Cuando habla de la *existencia*¹⁰ nos dice que antes de ella, en un primer momento, hay una indistinción entre el Ser y la Nada, siendo estas ideas fundamentales de la Lógica sin un referente particular. No obstante, cuando dichas ideas son trasladadas a lo existente, entonces no puede sostenerse más la indistinción, pues lo que existe está sujeto al tiempo, y por ende, deviene. Lo existente se determina al devenir, porque pasa del ser al no ser, y a la inversa, pero no puede mantenerse simultáneamente en ambos. La indistinción del Ser y la Nada, que es la relación dialéctica que le es propia a estas ideas primarias de la Lógica, si es trasladada a lo existente, se convierte en la dialéctica de la identidad. En esta dialéctica tanto el ser como el no ser se oponen, al igual que el Ser y la Nada, pero mientras estos se negaban de manera exclusivamente lógica, con lo que tanto el Ser como la Nada resultaban indistintos entre sí; ahora, para lo existente, la oposición entre ser y no ser implica su determinación como un *algo* particular, y su diferenciación con respecto a un otro *algo*. No obstante,

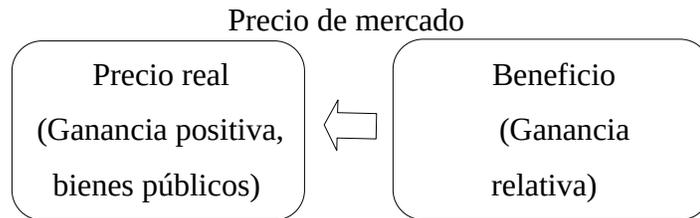
¹⁰ Ver Hegel, G. W. F., *Ciencia de la Lógica*, [Traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo], 4ª ed. castellana, Ediciones Solar, Argentina, 1976. Segundo Capítulo A) El ser determinado como tal.

la determinación del algo sigue manteniendo firmemente relacionados al ser y al no ser, pues, lo existente es idéntico consigo merced a lo que es, pero también a lo que no es. Y puesto que necesariamente el ser como el no ser componen al algo, ambos se encuentran reunidos en él. Esta comunión entre los opuestos que se sitúa en el algo es lo que configura su *cualidad*. El algo tiene tal o cual cualidad porque tiene cierta determinación positiva, se determina por aquello que ya es. Esto implica al mismo tiempo que tiene dicha cualidad porque no tiene ninguna otra que le sea impropia o excluya las que ya la conforman, luego, está determinada negativamente, por aquello que no es. Verbigracia, una cosa puede ser líquida en un momento de su devenir, porque al mismo tiempo no es sólida. Ambas determinaciones en realidad refieren a lo mismo, a la identidad de la cosa consigo misma.

A su vez, la indistinción entre la determinación positiva y la negativa puede ser eliminada sin que esto disuelva la identidad, ya que la distinción entre lo positivo y lo negativo en lo existente es también sólo de carácter lógico. En este momento, la relación de identidad tiene como particularidad ser unidireccional, esto es, que tanto su determinación positiva como la negativa son inmediatas e internas a lo existente, y es por esto que la identidad no se disuelve, porque ninguna de sus determinaciones se opone a la otra. De la misma manera, si trazamos una correspondencia con Stuart, la ganancia positiva, que es necesariamente riqueza, habría de ser inmediata y endógena a los bienes porque forma una determinación más entre otras. Lo que percibe Stuart es que al tratar de establecer el precio, dicha inmediatez ya no es posible, pues de un lado el precio debería ser igual al agregado de aquello que la mercancía ya es, o en otras palabras, al valor real; pero de otro lado, el precio también es igual al valor real de la mercancía más beneficios. La solución entonces pasa por redefinir el precio como un agregado de valores, con una parte interna y otra externa. Luego, la única respuesta ante esta aporía es postular un valor exógeno de los bienes que al venirle de fuera se suma a los ya presentes, y por ello, es llamado *relativo*. Si este valor externo es realmente ajeno a la mercancía, o más bien, ha

sido enajenado a partir de ella, es justo la discusión que se desarrollará durante esta dialéctica entre la riqueza y el valor.

Plusvalor según Steuart



En este esquema ilustro el desarrollo lógico del pensamiento de Steuart. A diferencia del esquema general del plusvalor donde el beneficio está unido al precio real, y por ello representa un problema, vemos aquí que el beneficio ha sido expulsado del precio real por Steuart, y en consecuencia éste se le muestra como un elemento externo que irrumpe dentro del precio. El precio real está compuesto por los bienes públicos a los que Marx identifica como valores de uso, esto es, cuyas principales características son sus determinaciones materiales. Esta identidad de un objeto con relación a lo que es, no es meramente una tautología vacua, sino el fundamento que vuelve contraintuitiva la idea de una ganancia obtenida exclusivamente a partir de los bienes ya poseídos. Además, sobre la identidad se sostiene otra noción que es relevante al momento de asignar precios, la equivalencia. La equivalencia sustenta al precio como una asignación del valor intrínseco de un bien en términos de otro, pero en el caso más fundamental, requiere antes que un objeto sea equivalente consigo. El criterio para la asignación de valores entre las cosas, y su fundamento, es el problema al que en última instancia se enfrenta toda teoría del valor, incluida la de Marx. Sin embargo, por el momento enfoquémonos en que Steuart descompone el precio en una parte real y otra relativa y así pone a prueba la idea misma de ganancia. Ésta sólo puede ser genuinamente ganancia si se deriva de la parte real, pero como la producción resulta coextensiva a los bienes producidos y sólo a ellos, entonces la ganancia es nula, o bien, es

externa a la producción y a los bienes valuados, con lo que los precios de mercado por fuerza son resultado de una falta contra la equivalencia.

En el proceso de distinguir los términos de ganancia y precio, Steurt llega a una contradicción donde valor y precio tampoco son equivalentes, aunque puedan coincidir. Esto le obliga a expulsar una parte componente del valor con relación al valor mismo. El valor, que en su caso no es un concepto bien definido, sino apenas una noción, muestra los errores a los que se puede llegar sin un tratamiento adecuado. No obstante, como observa Marx, la idea de un valor relativo, aunque se expresara desde el concepto de ganancia propio del intercambio, es incapaz de resolver la contradicción, pues esta a su vez seguiría siendo causada por la inadecuación entre la parte material de los bienes y los modos de asignar equivalencias que se seguirán comentando a lo largo del texto.

1.2. Los fisiócratas. La identidad del valor y la riqueza en sentido material

Marx se sirve de Steurt para plantear el problema de la ganancia y por consiguiente el del plusvalor. Dicho problema se plantea como una crítica a la noción de equivalencia entre valor y precio. Posteriormente continúa su estudio con un tratamiento general sobre los fisiócratas, a quienes reconoce el haber profundizado en la separación de la riqueza y el valor, a pesar de mantenerse estancados en “el análisis de varios *componentes materiales* en los cuales el capital existe, y en los cuales deriva durante el curso del proceso de trabajo”.¹¹ Mentado análisis pasa por identificar los conceptos económicos con entidades físicas, lo que juzga Marx como una *naturalización de los conceptos*.

Mediante el concepto de *trabajo productivo* los fisiócratas legitiman como valor positivo a aquél que conlleva un plusvalor, al contrario de Steurt para quien esta relación no estaba clara. El razonamiento se invierte, pues para el último, la cuestión a resolver es si la ganancia, que ya está dada, en realidad proviene de una generación de nueva riqueza, para entonces calificarla como positiva;

¹¹ Marx, *Op. Cit.*, p. 44.

mientras que los fisiócratas toman como un hecho la generación de riqueza y su asociación con la ganancia, por lo que sólo posteriormente se trata de determinar la proporción del plusvalor contenido en los bienes con relación a su valor total. Esto traslada la discusión a la relación entre cantidad de trabajo y la cantidad del producto de ese trabajo.

[...] únicamente es *trabajo productivo* aquel que crea *plusvalor*, en cuyo producto, por tanto, un mayor valor está contenido que en la suma de los valores consumidos durante la producción de este producto. Ya que el valor de las materias primas y otras está dado, mientras que el valor de la fuerza de trabajo es igual al salario mínimo, este plusvalor puede claramente consistir sólo en el exceso de trabajo que el trabajador retorna al capitalista más allá de la cantidad de trabajo que él recibe en su salario.¹²

El giro que dan los fisiócratas reintegra a la mercancía aquella ganancia que Steuart había expulsado, pero ahora la agrega *en* la mercancía misma, y no sólo en su precio. Como se verá a continuación, al colocarla de nuevo dentro de la mercancía esta adquiere un carácter *intensivo*, lo que provoca muchas más complicaciones con las que se enfrentaron otros economistas, Marx incluido.

Los fisiócratas tienen limitaciones para analizar el trabajo productivo pues también carecen del concepto de plusvalor de manera directa. Sin embargo, derivan el trabajo productivo por la mediación de una noción preliminar que es la “suma de valores consumidos durante la producción”. De esta suma de valores se desprende el salario mínimo entendido de manera homóloga como un consumo necesario para la producción. Los fisiócratas inferían que una vez superada la cantidad de estas materias primas, tanto en la forma de insumos como de salarios, se generaba un excedente. Es así que el trabajo productivo dependía de la cantidad de este gasto, pues sólo al sustraerlo del valor total de la mercancía se podría saber si había o no plusvalor, y si el trabajo era productivo o no.

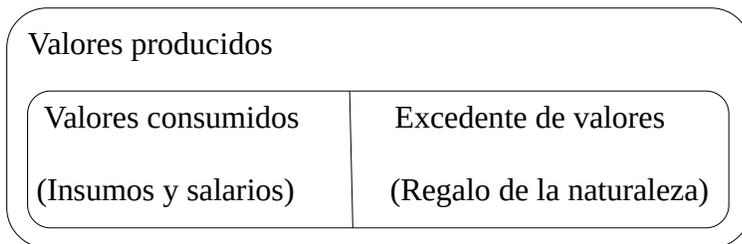
A esta restricción se añade una presuposición que viene de considerar a la agricultura como paradigma de producción, según la cual, hay una cantidad fija de materias empleadas en un tiempo

¹² *Ibíd.*, p. 46.

también fijo de trabajo, pero no así una cantidad predeterminada de mercancías producidas, por lo que estas últimas podrían exceder a las primeras. A esto es a lo que se llamó *regalo de la naturaleza*. Tal presuposición es consecuente con el carácter intensivo del valor, y sirve para sostenerlo. Luego, nuestro esquema del plusvalor se modificaría de la siguiente manera.

Plusvalor según los fisiócratas

Precio de mercado



Ahora veamos cuál es el problema al tratar de determinar si un trabajo es productivo, o no, desde la diferencia entre valores consumidos y valores producidos, y no directamente desde la plusvalía. Como razonó Steuart, si la ganancia es positiva entonces los valores no pueden ser escindidos entre bienes de producción por un lado, y ganancia por el otro, ambos deben ser inmanentes a la mercancía. Mas como ya sabemos, la consecuencia del pensamiento de Steuart es colocar a la ganancia fuera de la mercancía. Por el contrario, la postura fisiócrata defiende una especie de facultad generativa en la naturaleza de ciertos bienes, la que opera como una fuente intrínseca de valor, y que lo agrega a los bienes ya existentes. La naturaleza tiene el poder de intensificar el valor de los bienes, con lo que la ganancia no es un excedente que va más allá de la mercancía, sino que es un incremento desde el interior de esta.

Cabe señalar, siguiendo el marco de la Lógica, que en la cualidad este aumento en los valores no implica una cantidad mayor de mercancías, sino aumento en lo que ellas son cualitativamente. Esto porque el postulado del regalo de la naturaleza, aunque basado en la cantidad de una buena o mala cosecha, de fondo sigue un razonamiento cualitativo. En el ejemplo de la producción agrícola, es una

misma mercancía, la semilla, la que aumenta intensivamente al devenir un fruto. En ambos momentos, el de la semilla como el del fruto, tratamos con una y la misma mercancía, que no necesariamente ha devenido múltiple, y por ende, cabe pensar que el mismo valor pueda ser igual a sí mismo, y también mayor a sí mismo. Sin embargo, este razonamiento se viene abajo cuando se plantea el caso del decrecimiento, donde una y la misma mercancía es igual y menor a sí misma, pues aquí se pone en duda el concepto de trabajo productivo. De poco sirve el método de sustracción de los gastos con respecto a los rendimientos del trabajo cuando en la práctica el criterio para determinar la productividad de un trabajo falla, pues bastaría como contraejemplo que los gastos igualaran a los rendimientos para que el mismo trabajo pasara de ser considerado productivo a improductivo independientemente del tipo de trabajo al que se refiera, sobretodo cuando la premisa del regalo de la naturaleza postula de antemano la productividad de la rama agrícola del trabajo. Se llega a una nueva contradicción: El trabajo (específicamente el agrícola) es inherentemente productivo, pero por factores externos puede ser al mismo tiempo improductivo.

De cualquier manera, el pensamiento fisiócrata integra un cambio de suma relevancia para la teoría del valor, y es que a diferencia de Steuart, su análisis sale de la esfera del intercambio, por lo que su terminología pasa de tratar exclusivamente con ganancias, precios y relaciones entre estos objetos, a hablar de valores y bienes materiales que sólo son asignados con precios una vez que se incorporan al intercambio. Quiero resaltar este cambio de perspectiva hacia la producción, en primer lugar, porque empieza a dar solidez al concepto de valor, lo que a la par alterará la noción de riqueza; y segundo, porque traza una ruta que parte de los precios hacia la génesis de lo que después serán los valores de uso, y que finalmente retornarán hacia los precios pero mediados por el concepto de valor de cambio.

La justificación de una cantidad fija de trabajo en un tiempo estable se sostiene sobre la especificidad del trabajo agrícola, y se sostiene siempre que al depender de una buena o mala temporada, reduce la importancia de las pequeñas variaciones que pudieran presentarse en la cantidad

de trabajo empleada. Luego, resulta más práctico asumir un tiempo y un trabajo ya dados en cada ciclo productivo agrícola, y analizar el trabajo agrícola de manera aislada respecto a la influencia de otras ramas de la producción. Comenta Marx que:

[...] es la gran y específica contribución de los Fisiócratas que ellos derivaron el valor y el plusvalor, no de la circulación, sino de la producción, ellos necesariamente empezaron, en contraste a los sistemas Monetario y Mercantil, con aquella rama de la producción que podía ser pensada en completa separación e independientemente de la circulación, del intercambio; y que presupone el intercambio, no entre hombre y hombre, sino sólo entre humano y naturaleza.¹³

Una vez establecido tal intercambio entre humano y naturaleza, la renta se presenta como el beneficio inherente a la posesión de la tierra, y así mismo, se consagra como la *forma general del plusvalor*, con lo que la definición de plusvalor se resolvería como *ganancia en la forma de renta*. Puntualiza Marx: “Puesto que el trabajo agrícola es concebido como el único trabajo productivo, la forma del plusvalor que distingue el trabajo agrícola del trabajo industrial, la *renta*, es concebida como la única forma de plusvalor”.¹⁴ Posteriormente, también es el trabajo agrícola y, en consecuencia, el valor entendido como una suma de materias primas lo que coloca las bases del surgimiento del capital acorde con la lógica fisiócrata. Este segundo paso ocurre cuando se toma la ganancia de otras ramas de la producción como valores derivados de la renta, donde las materias del resto de industrias son en cada caso los excedentes del trabajo agrícola.

Lo peculiar del pensamiento fisiócrata se halla en esta postulación del trabajo agrícola como fundamento del capital, es decir, por una parte, como fuente del valor de otras ramas productivas, y por otro, como fuente de su propio valor inclusive en total ausencia del resto de ramas. La visión fisiócrata se edifica sobre la idea del regalo de la naturaleza, y de esta se siguen premisas problemáticas como aquella según la cual sólo es trabajo productivo aquel que genera plusvalor. Tomemos en cuenta que lo

¹³ *Ibíd.*, p. 49.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 47.

que se trata afirmar con ella es que cada rama de trabajo será o no productiva sólo si se comprueba que el gasto en materias primas es inferior al producto del trabajo. Esto ya se ha dicho, pero ahora es necesario puntualizar que la postura fisiócrata estipula este gasto como algo fijo (pues sus variaciones son despreciables al terminar un ciclo productivo) y a la naturaleza como garante del excedente. Estas son suposiciones que a su vez requieren una justificación, y es ahí que surgen las dificultades. Marx argumenta que los fisiócratas constriñen el concepto de trabajo productivo al mero consumo de materias primas donde el plusvalor es una diferencia entre un gasto (en la forma de salario y materias) y la ganancia (primordialmente en forma de renta). El trabajo productivo no da cuenta de una nueva generación de bienes ni siquiera en el marco de pensamiento fisiócrata, sino que realiza una deducción de la renta a partir de una cantidad de bienes poseídos al final del proceso. En otras palabras, el trabajo productivo, y con ello el plusvalor, al estar mediados por la renta, en lugar de agregar nuevos bienes en sentido positivo, sustrae una parte de ellos, y después interpreta el resultado como el punto de partida. Luego, el plusvalor como renta es siempre una ganancia relativa. Al final, los fisiócratas poco avanzan en la resolución del problema comparados con Steuart, pues si el pensamiento de este último desemboca en una ganancia relativa que es un problema meramente contable y comercial, el de los primeros también, aunque desde su perspectiva no sea así. La ganancia en la forma de renta agrícola es falsamente positiva y no se halla en la producción. El giro de los fisiócratas consiste únicamente en internalizar la ganancia relativa obtenida por la renta, y hacerla pasar por un problema propio de la producción de la mercancía y no de su comercio.

Hemos visto que el pensamiento fisiócrata dio lugar al concepto de valor mediante una naturalización de un aspecto meramente social, y con ello, en la búsqueda de un criterio fiable para el intercambio de objetos que pasan a ser entendidos como bienes en sí, o *materias* cuyo valor les viene como una propiedad intrínseca. En esta línea de pensamiento la delimitación de los conceptos de trabajo productivo, de valor y de capital como agregados de materiales provocó una identificación entre los

conceptos y sus referentes, esto es directamente una confusión entre los objetos y los conceptos que se utilizan entorno a ellos. Dicha confusión, como no podía ser de otra manera, responde al presupuesto según el cual todo proviene de una realidad material-natural, y, por ende, es un objeto material. El concepto de valor, además de naturalizarse se materializa, es decir, se identifica a las materias con valores, y viceversa. Irónicamente, esta materialización de la economía desembocaría en una subsecuente distinción entre el trabajo y su materialidad.

Siendo que el trabajo productivo se compondría de agregados materiales-naturales, ya sea en la forma de materias primas, ya en la de salario siendo este también un conjunto de materias necesarias para reproducir el trabajo, ya como renta, es decir, como excedente de mercancías, entonces el plusvalor es únicamente una parte deducida de la producción total de la naturaleza. Al mismo tiempo, al ser esta producción de la naturaleza el conjunto de todos estos materiales de manera indistinta, la mera existencia de la naturaleza se vuelve la causa suficiente, necesaria y directa de la existencia de cualquier ganancia. Por último, al preexistir la naturaleza también preexiste la ganancia, y también ya está presupuesto el trabajo productivo antes de todo trabajo real. El trabajo productivo entonces se encuentra con anterioridad dentro de las premisas que buscan demostrarlo. Esto es relevante, no sólo por llevar a un razonamiento falaz, sino porque da cuenta del surgimiento del concepto de trabajo que será clave para el desarrollo de la economía política; concepto que estará fragmentado de nacimiento, pues una parte será el trabajo particular, y otra una cierta esencia del trabajo encerrada en la naturaleza, la fuerza de trabajo.

Dicho esto, ahora podemos continuar con el surgimiento del capital desde el trabajo agrícola.

Marx escribe:

La primera condición del desarrollo del capital es la separación de la propiedad de la tierra con respecto al trabajo—el surgimiento del suelo, la condición primaria del trabajo como una fuerza independiente, una fuerza en manos de una clase separada, confrontando al trabajador libre.¹⁵

La propiedad de la tierra, que es una configuración social y no una entidad material, es la que distingue al trabajo como una fuerza abstracta, es decir, como una entidad de otra naturaleza, ajena y anterior a la existencia de su propia materialidad, y que no obstante es mensurable. Ya que los fisiócratas identificaron el trabajo real con un referente material, es decir, con el conjunto de mercancías correspondientes al salario mínimo, se abrió la posibilidad de entender el trabajo en general como la negación de esta idea. Así, la existencia de la renta como forma del plusvalor, basada en una fuerza generadora de la naturaleza, preconfigura lo que después será el plustrabajo entendido como un elemento intermedio entre la fuerza generadora de trabajo (independiente de su materialidad) y un trabajo real en específico. Empero, estos conceptos no pueden desarrollarse en la visión agrícola de la fisiocracia, sino que lo serán sólo después, en el ámbito de la producción industrial donde hay un régimen distinto de medición de la producción.

Marx explica que la preexistencia de una estructura social basada en la propiedad hereditaria de la tierra fue el entorno perfecto para la construcción de un sistema de pensamiento donde el valor se ligara exclusivamente a una sustancia material y natural, y ya no al comercio. Esta situación llevaría a elaborar una teoría del valor donde la esencia de este provendría de una relación entre el hombre y la naturaleza. Esta *esencia del valor*, que como se dijo arriba, es intensiva, sustentaría una *forma de valor* exterior, que es la renta. Sin embargo, cómo se pasa de la esencia del valor a su forma externa es algo que no queda claro. Luego es necesario explicar este nexo.

El nexo se simplifica cuando pasamos a entenderlo dentro de la formación del capital. La explicación del surgimiento del capital que realiza Marx comienza con el modo en que se presenta el

15 *Ibíd.*, p. 50.

noble frente al siervo durante el absolutismo, y después, el terrateniente frente al jornalero. Nos comenta que estos nobles se empiezan a presentar ante los trabajadores ya como capitalistas durante la edad moderna y se relacionan con ellos como compradores, pues esta dinámica se expresa genuinamente después de abolidas las relaciones de vasallaje. La transacción que se realiza es la de una cantidad de trabajo por su equivalente en el salario. En esta compra se oculta la separación de una fuerza con respecto a su propia materialidad, así, mediante el trato se nombran, individualizan y escinden el trabajo como una cantidad inicial de trabajo presupuesta en el salario, respecto a su resultado, es decir, su materialidad efectiva dentro del proceso de producción. Empero, esta distinción tendría que ser irrelevante siempre que la fuerza y su materialidad fuesen iguales, y siempre que de una cierta cantidad de fuerza surgiese un producto equivalente, mas no un excedente. Lo mismo a la inversa, de una materialidad dada no podría surgir una fuerza mayor. Ambos casos niegan la intensidad de la productividad de la naturaleza que defendieron los fisiócratas, pero también la productividad intensiva en general.

Observa Marx que, a pesar de postular al trabajo como un conjunto de materias que en su uso regular mantienen cantidades estables —que es el caso del salario—, cuando los fisiócratas hablan de la ganancia, se le relativiza, ya que en retrospectiva se toma a la producción total como algo dado donde el trabajo es una variable dentro del gasto, y no ya una constante. Así, en lugar de establecer a la producción como una consecuencia de un trabajo ya realizado del cual se apropia el terrateniente, se evita establecer esta relación causal y se interpreta al trabajo como un *insumo no utilizado*. Esta inversión sólo es posible cuando se considera al trabajo como algo inmaterial, o bien, mediante una representación en un balance contable, pues de lo contrario, se dificultaría negar al trabajo como algo ya dado. En resumen, aprovechando las condiciones de servidumbre en las que se daba este trabajo, se establece un salario que representa aproximadamente el trabajo que se espera usar, pero no el que se

emplea realmente. El salario hace del trabajo una idea, no un hecho, y establecida esa fachada se puede hacer del gasto en trabajo una variable *ad hoc* con la deducción de la renta.

Al pasar la naturaleza a ser el elemento fijo dentro de la relación humano-naturaleza, la diferencia entre la clase terrateniente y el resto se justifica, pues es su relación de propiedad con la tierra la mediación necesaria para que la esencia del valor logre su expresión como forma de valor, como renta. Luego, otros tipos de relaciones, como la relación de compra y venta sobre la que se celebra el trato del terrateniente y el trabajador quedan en segundo lugar, o inclusive fuera de la discusión, pues el valor no se juega en tal relación.

Dicha inversión y separación entre la fuerza de trabajo —como parte abstracta— y su materialidad provino de la separación de la tierra en los mismos términos, dejando por un lado la parte abstracta como idea de naturaleza y por otra la producción agrícola en concreto. Al trasladar la misma lógica de la tierra al trabajo, los fisiócratas abstrajeron una incipiente idea de fuerza de trabajo que se mantuvo borrosa hasta que fue conceptualizada por otros pensadores. Así, el pensamiento fisiócrata entró en una inconsistencia que sería criticada por las escuelas siguientes aprovechando justamente la naciente noción de trabajo.

De aquí las contradicciones en este sistema: fue el primero en explicar el plusvalor mediante la apropiación del trabajo de otros, y de hecho, explicar esta apropiación sobre la base del intercambio de mercancías; pero no vio que el valor en general es una forma de trabajo social y que el plusvalor es plustrabajo.¹⁶

De acuerdo con el pensamiento fisiócrata, es la propiedad de la tierra la mediación que permite al valor expresarse en una forma definida, entonces es también el mecanismo que permite la regulación del proceso de generación de valor, y sólo ahí tiene cabida la intervención humana, pues la actividad humana en realidad no interviene directamente la esencia de lo natural, pero sí puede actuar sobre la

16 *Ibíd.*, p. 49-50.

renta. Así, explica Marx que el pensamiento fisiócrata no sólo puso los cimientos teóricos del capitalismo sino que tuvo como consecuencia concentrar la carga impositiva de los reinos europeos sobre el trabajo agrícola, lo que simultáneamente liberó del mismo peso a la industria, abriendo el camino para el desarrollo del capital industrial.

Ya agotado el pensamiento fisiócrata frente al avance de la industria, Ricardo cerró la discusión con un argumento que echa por tierra su confusión entre valor y materia, pues al describir a los procesos de la industria como un trabajo que aprovecha las fuerzas naturales tanto como lo hace la agricultura, trivializa la especificidad del trabajo agrícola.¹⁷

Entonces recapitulemos, ¿hasta qué punto llevan los fisiócratas el desarrollo de los conceptos de valor y riqueza? Hemos visto que ellos sustraen la discusión sobre la ganancia de la esfera del intercambio para traerla hacia la producción al universalizar un principio naturalista. El ser humano, al relacionarse con la naturaleza obtiene de ella una ganancia, es decir, una nueva cantidad de bienes que antes no poseía. Al no ser esta una relación social, la ganancia no proviene de un trato, sino de un regalo, y no es pensada en términos de precios. Surge el concepto de valor como la apreciación que tiene el ser humano de los bienes fuera de una esfera social. Esta idea de acumulación individualista de bienes es compatible con una noción burda de riqueza.

El proceso que he descrito hasta aquí me ayudará a dar cuenta de cómo el concepto de valor de uso surge de otra forma de valoración, la asignación de precios durante el intercambio, a pesar de que los sistemas de pensamiento económico que lo desarrollaron ignoraron este origen, pues buscaban alejarse de él. Posteriormente se verá cómo del valor de uso se genera el valor de cambio ahora como una conceptualización de aquella valoración principal: la asignación de precios. Mas por el momento regresaré a la explicación que hace Hegel sobre la existencia para poder interpretar el curso que tomaron los fisiócratas, pues no es suficiente mencionar que el valor como apreciación de las cosas por

17 Cfr., *Ibíd.*, p. 60-62.

sus propiedades materiales es una sustitución de la noción de precio ahí donde presuntamente el cambio no se da entre seres humanos, sino con la naturaleza. Habrá que detallar cómo se da este paso.

Anteriormente vimos con Hegel que la existencia se desarrolla como una relación de inmediatez, es decir, que la cosa se relaciona exclusivamente consigo, o bien, que su relación es de identidad. Hasta este punto se puede entender la riqueza como la obtención de nuevos bienes, y poco importa si estos se obtienen en un ámbito social o se extraen de la naturaleza, la noción de riqueza se basta con una explicación desde la mera existencia de las cosas. Sin embargo, este no es el caso del precio, que requiere que lo aplicable para un poseedor lo sea también para otro, y cuando los fisiócratas se desligan del ámbito social con el fin de que la valoración mediante precios sea aplicable de manera independiente a los sujetos, modifican sus criterios, buscando entonces aquello que es aplicable tanto para una cosa como para otra. Buscan este criterio *en* la cosa, es decir, buscan un criterio de objetividad. Este criterio es una relación de equivalencia, sin embargo, no está fundada en la relación directa entre las cosas, sino como una propiedad inmanente a cada una de ellas, sin tener que recurrir a la relación real. El concepto de valor es entonces *lo otro dentro de la cosa, o lo negativo* ya presente en la cosa, o desde mi interpretación, una relación de equivalencia reducida a relación de identidad. El precio hecho valor intrínseco.

Después de este punto inicia la divergencia entre riqueza y valor. Ambos han sido igualados, pues aquello que vale tanto para una cosa como para cualquier otra es el ser bienes materiales. La identificación de la noción de riqueza con la valoración es el primer paso para el desarrollo de sus conceptos. Los fisiócratas inauguraron esta ruta, pero lo hicieron presuponiendo que primero está la naturaleza y después lo social nutriéndose materialmente de ella. Cuando los economistas posteriores negaron esta única premisa, su visión de la vida económica cambió radicalmente. Ya no era la originaria relación con la naturaleza la que justificaba la renta, sino a la inversa, la hegemonía de una

clase terrateniente que mediante la institución de la renta sostuvo una ideología de la naturaleza y la economía.

Capítulo 2

Adam Smith

Los conceptos de la mercancía y la polisemia del valor

Hasta este momento me he ocupado de revisar principalmente el texto marxista para fijar los cimientos desde los cuales levantar mi argumentación, a saber, que hay un problema estructural del plusvalor; que este es a su vez el problema de la relación entre riqueza y valor; que los pensadores anteriores a Smith allanaron el camino para llevar sus nociones hacia una forma conceptual; y que en su génesis riqueza y valor fueron equiparados, con lo que en adelante su desarrollo empieza a divergir. En el desarrollo de la economía política el concepto de valor empieza a independizarse de la riqueza, y tal dicotomía ocurre como una distinción de un concepto con su referente material. Sin embargo, esta correlación entre valor-riqueza y concepto-materia peca de ser demasiado simplista y su alegato requiere una explicación mejor elaborada. Para tal efecto encuentro en la crítica a Smith el lugar idóneo para concentrar mi exposición.

En el paso de la visión fisiócrata a la economía política de Smith hay dos ideas que cambian la forma de entender la riqueza. La primera, a la que llamaré *riqueza como progreso productivo*, será la que expondré a continuación, mientras que la segunda, *riqueza como poder*, no la abordaré¹⁸, y sólo dejo esta mención para balizar el camino que seguiré. Las razones de esta elección son que mientras la primera idea es desarrollada ampliamente por Smith, la segunda es apenas una definición inspirada a su vez por Hobbes, y la cual abandona inmediatamente. Además, a mi parecer, ambas ideas habrían planteado caminos excluyentes, llevando a Smith hacia dos teorías heterogéneas. Aunado a esto, como

¹⁸ Smith, Adam, *La riqueza de las naciones (Libros I-II-I y selección de los libros IV y V)*, [Traducción de Carlos Rodríguez Braun], 3ª ed., 9ª reimp., Alianza editorial, Madrid, 2019. Libro I, 5, p. 65.

sus críticos resaltaron, el pensamiento de Smith aún estaba fuertemente anclado a supuestos fisiócratas, por un lado, y a las condiciones sociales de su tiempo, por el otro. Luego, él mismo opta por una de estas ideas, y desecha la otra.

Si bien Smith abandona el dogma naturalista donde toda ganancia es necesariamente un conjunto de bienes generados por la tierra y que exceden los gastos de producción, Marx aún puede rastrear en el uso del concepto de renta una concepción que se aparta poco de la fisiócrata, a saber, que la renta es un excedente de bienes, ahora regalados por una fuerza inherente al ser humano. Así, Smith al igual que sus predecesores llama *producto neto* a este excedente de bienes materiales.

El concepto de producto neto es la designación que utilizan tanto los fisiócratas como Smith para referirse a una ganancia positiva; es decir, plusvalor, en términos de Marx. Pero, aunque el concepto es empleado por ambos, su composición difiere y los lleva a proponer formas de la ganancia distintas. Para los primeros, el producto neto tiene la forma de la renta, pero para Smith, la composición del producto neto ya no se agota en renta, sino en tres tipos de ingresos de los cuales la renta es sólo uno más.

El producto neto se divide en tres tipos de ingreso porque en un nivel más general toda mercancía también se descompone en tres partes, o factores productivos: Trabajo, capital y propiedad de la tierra. Luego, su distribución tiene como consecuencia sus respectivos tipos de ingreso: Salario, beneficio y renta.

El abandono del dogma naturalista conllevó un cambio en la definición del concepto de producto neto, pero también implicó otros cambios en el pensamiento de Smith que se sitúan al margen de la discusión de sus categorías económicas principales, y que, no obstante, ostentan una fuerte influencia en ellas. El primero es la fundamentación de otro dogma que sustituye a la naturaleza como fuente del valor, y el segundo, una concepción social asociada, que se desprende de esta nueva fundamentación, pero que también le sirve como marco. En su conjunto me referiré a ellos como la

narración de la propiedad individual del trabajo. Smith la expresa de la siguiente forma en la sección 6 del primer libro de *La riqueza de las naciones*:

En aquel estado rudo y primitivo de la sociedad que precede tanto a la acumulación del capital como a la apropiación de la tierra, la proporción entre las cantidades de trabajo necesarias para adquirir los diversos objetos es la única circunstancia que proporciona una regla para intercambiarlos. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta habitualmente el doble de trabajo cazar un castor que un ciervo, un castor debería naturalmente intercambiarse por, o valer, dos ciervos.

[...] En el estado avanzado de la sociedad estas compensaciones por esfuerzo y destreza se hallan comúnmente incorporadas en los salarios del trabajo, y algo similar tuvo lugar en su estado más primitivo y rudo.

En ese estado de cosas todo el producto del trabajo pertenece al trabajador, y la cantidad de trabajo usualmente empleada en conseguir o producir cualquier mercancía es la única circunstancia que regula la cantidad de trabajo que con ella debería normalmente poderse comprar o dirigir o intercambiar.¹⁹

Desde la apertura del primer párrafo podemos apreciar que Smith nos está planteando un escenario hipotético que después él mismo calificará como ficticio. Sin embargo, este escenario le sirve para desplazar la idea del regalo de la naturaleza y sustituirla por otro principio generador de valores, que es la *proporción entre cantidades de trabajo*.²⁰ Esta proporción, al igual que pasaba con el valor material, intensivo y natural de los fisiócratas, no es sino un tipo de equivalencia entre los objetos que se encuentra velada por una aparente identidad entre el trabajo y lo que produce. Smith continúa situado en la dialéctica de la cualidad. Así, sigue manteniendo la identidad de riqueza y valor, pero mediada por un nuevo principio.

19 *Ibíd.* Libro I, 6, p. 86-87.

20 En los pensadores anteriores la fundamentación del excedente en el poder creativo de la naturaleza les sirve para todo tipo de valores de manera indistinta, mas ahora que tal fundamento es sustituido por una proporción será necesario indicar a qué valores se hace referencia, o al menos, que estos en su diversidad no pueden ser reducidos a una misma fuente sin una razón suficiente. Este desarrollo lo veremos a lo largo de este capítulo.

La narración de Smith se sitúa en el ámbito de la producción y no del intercambio. Antes, en la sección 5 del mismo libro, Smith da cuenta de una regla de cambio general, definida como un cierto “esfuerzo y fatiga” para obtener un objeto. Tal definición es vaga, pues en qué consiste tal esfuerzo no está especificado, ya que puede ser aplicable tanto a la dificultad de extraer y trabajar un material, como lo es a la dificultad en sentido social: lograr un buen trato comercial. Pero lo que Smith supone ya en la sexta sección se refiere exclusivamente a una relación específica con la naturaleza, y entonces es notorio que opciones como una dificultad en sentido social no es el tipo de caso que Smith contempla para su definición. Por ende, Smith parece estar sesgado por los remanentes fisiócratas de sus planteamientos, mas la innovación que lo diferencia de aquellos es que el esfuerzo está mediado por una relación, la del trabajo. Es en la relación del trabajador con la naturaleza donde se da una proporción de carácter necesario entre la actividad humana y el fruto de su esfuerzo, justo por los condicionamientos que la naturaleza le opone a éste. Además, resaltar que el trabajo es una relación con la naturaleza nos permite discernir la clase de actividad que Smith tiene en mente como generadora de valor, situando la discusión en la producción capitalista, tanto industrial como agrícola, a la vez que delimita la esfera misma de la producción. Por tanto, quedan fuera otras actividades, en particular, el comercio.

La *proporción necesaria* que plantea Smith es apenas esbozo de un nuevo principio, que ya no es idéntico a la naturaleza, pero que dada su conexión necesaria con ésta recibe de ella la misma autoridad. Si los fisiócratas buscaron trasladar sus concepciones sobre la naturaleza hacia el ámbito social, Smith con este giro inicia un desarrollo donde retrotrae las relaciones sociales hacia un fundamento aparentemente ajeno a lo social, hacia la mercancía.

Hasta aquí presento la sustitución lógica de los principios, en cuanto a la concepción social que la cobija, Marx rastrea sus orígenes ya en los textos de Quesnay.

Cita Marx de las *Máximas generales del gobierno económico de un reino agrícola*:

“Las parcelas de tierra que son empleadas en cultivar grano deberían tanto como sea posible ser reunidas en granjas a gran escala que puedan ser manejadas por granjeros ricos” (i.e., los primeros capitalistas) “dado que los gastos de mantenimiento y reparación de las instalaciones son menores y por lo tanto el costo correspondiente mucho más bajo y el producto neto mucho mayor en el caso de grandes empresas agrícolas que en el caso de pequeñas.”²¹

Inmediatamente después Marx comenta que la postura de Quesnay sobre el origen del producto neto no sólo antecede al pensamiento capitalista como hicieron otros fisiócratas, sino que en sí misma ya es capitalista, pues se contrapone al principio naturalista, dado que es la organización social de la propiedad de la tierra lo que permite generar una ganancia, y esto aunque es funcional para la aristocracia, lo es aún más para el incipiente capitalismo de su época. Esta inversión de la argumentación nos permite ver cómo la idiosincrasia fisiócrata se reviste de una formulación capitalista. Notemos que, siguiendo a Quesnay, sería la distribución de la propiedad la auténtica causa del producto neto; distribución que ha de ser por fuerza una concentración de bienes en una clase, y a su vez distribución que determina la existencia de las clases en general. Sin embargo, la conclusión a la que llegan los fisiócratas es que dadas las particularidades naturales de la producción entonces ya preexiste una ganancia de la cual después se deriva, y justifica, la existencia de una clase terrateniente, sin la cual esta ganancia no puede florecer. Por el contrario, desde la explicación de Quesnay observamos que es la división de clases lo que configura la producción, y finalmente la renta como su ingreso. Luego, se ha colocado falazmente la premisa como conclusión.

No obstante, incluso después de sustituir el principio naturalista, no por ello se elimina la estructura de la argumentación, sino que sólo se cambian los contenidos. En la segunda parte de nuestra cita a Smith se puede apreciar que, en su supuesto de una sociedad primitiva, de la existencia *necesaria* de trabajadores se deriva el pago de un salario, y esto es una consecuencia igualmente válida en todo

21 Cfr. Marx, *Op. Cit.*, p. 64-65.

tipo de sociedad posterior. Pero más adelante en la misma sección, cuando considera las sociedades avanzadas, agrega que es la necesidad de capital y de propiedad de la tierra lo que conlleva un pago de beneficio y renta, y coloca nuevamente como consecuencia la existencia de capitalistas y terratenientes como clases productivas. Además, puesto que el trabajo depende de estos otros factores, también la prosperidad de los trabajadores y salarios dependen del crecimiento de beneficios y rentas. Sin embargo, podemos ver que este argumento falla al sustentar la existencia de estas clases sociales, y más aún, en calificarlas como clases productivas, pues no las deriva directamente del trabajo, que es su único fundamento presuntamente apriorístico. Al contrario, hace de la consecuencia, la causa. Empero, a Smith le basta con sustentar en la observación directa de las condiciones de las sociedades avanzadas a las que hace referencia, y en ellas encuentra la participación de capitalistas y terratenientes en el proceso productivo.

Ahora, a la luz del giro argumentativo por parte de Quesnay podemos obtener un concepto de capital provisional y útil para lo que sigue del capítulo. La visión fisiócrata de la renta implicaba que la clase social era una consecuencia directa de la especificidad de la producción agrícola, por lo que la propiedad sobre el excedente está causada por las determinaciones naturales e inherentes del excedente mismo. Esta era la falacia que naturalizaba las relaciones sociales de propiedad. Sin embargo, Smith invirtió esta relación causal, por lo que el excedente es una consecuencia de la capacidad de acción de una clase, la trabajadora. Mas el concepto de capital surge en un sentido amplio también gracias a este cambio, pues la riqueza ya no es sólo una cantidad dada de bienes materiales, sino que requiere que estos estén organizados socialmente de manera que sean productivos. Dicha organización productiva de los bienes es lo que los configura como capital; organización que es efectuada por la propiedad, pero que sólo llega a ser presuntamente productiva gracias al plusvalor.

Para resumir, los bienes pueden tener esa cualidad intensiva de generar ganancias a partir de sí porque su producción está atravesada por una distribución social de la propiedad, y al imbricar estas

relaciones de propiedad con la organización de la producción las ganancias quedan veladas como una determinación inherente a la mercancía. El plusvalor adquiere la forma de ingreso, y el ingreso es inmanente a la mercancía.

Si la riqueza ya no es una posesión trivial de materias, sino una posesión de bienes organizados para la producción, la riqueza sólo puede ser riqueza si está mediada por el valor, lo que resultaría una obviedad puesto que el valor es trabajo, y el trabajo es una relación productiva con los bienes. Mas esto no es tan obvio, pues, en realidad lo que agrega Smith va en contra de esta identidad entre trabajo y bienes. El trabajo que directamente tiene a su producto como su ingreso, no genera una ganancia extra. Todo su producto es salario. La ganancia es vista entonces como beneficio, pero es ajena al salario, al mismo tiempo que el trabajo sólo es calificado como productivo cuando está atravesado por el capital, es decir, por la propiedad; pero no la propiedad originaria que describe Smith, sino por la propiedad privada del capital. Luego, el factor en el que recae la productividad, y que es condición *sine qua non* de la productividad es el capital, que pasa a ser al trabajo lo que el alma al cuerpo.

Como mencioné antes, los fisiócratas abstraieron una idea aún confusa del trabajo como una fuerza ajena a la naturaleza. Smith va más allá y empieza a distinguir (o desde la perspectiva de Marx, a confundir nuevamente) las partes en las que se puede analizar el trabajo, llevando la oposición entre lo material y lo nominal dentro del concepto mismo de trabajo, así como a los de precio, valor, mercancía, etcétera. Tengamos en cuenta que con la propiedad individual del trabajo Smith añade una innovación en el pensamiento económico con relación a Quesnay, y esta fue la reducción de la ganancia a una sola causa. Para Quesnay la división de la sociedad en clases no supone ningún problema teórico, cada clase está relacionada con la otra mediante una dependencia más o menos cercana con la agricultura, pero también ajena en cuanto a su fundamento. A pesar de que Smith sostiene también la categorización tripartita de la ganancia como salario, renta y beneficio, por otra parte empieza a teorizar sobre un sólo fundamento de los valores anterior a estas divisiones de índole social. Este fundamento es el trabajo,

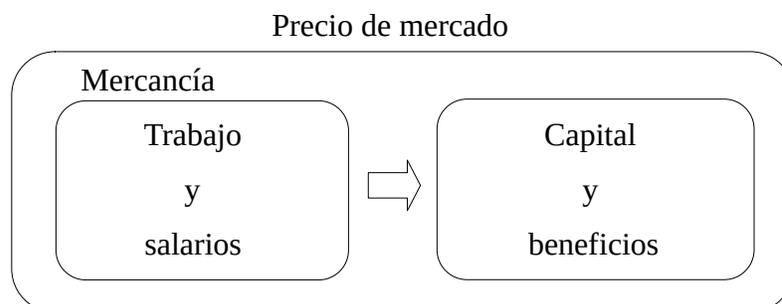
pero una especie de trabajo muy particular de la que posteriormente Marx deriva su concepto de trabajo vivo.

El trabajo al ser el fundamento de toda mercancía también es el factor común entre ellas, y Smith lo usa como vínculo que mantiene la relación de identidad entre riqueza y valor que acaba de romper. Sobre ésta se establece otra relación, la causalidad directa entre el trabajo y la propiedad sobre su producto. Con lo que, si la identidad fue una manera de disfrazar una equivalencia que resultaba arbitraria al provenir de un pacto comercial y hacerla pasar por un atributo de la mercancía, ahora la equivalencia adquiere una nueva máscara, la de relación causal. Esta relación de causalidad es lo que justifica la distribución de la ganancia, y, por lo tanto, su forma, con lo que el salario se vuelve el paradigma de la ganancia, al menos en un hipotético estado primitivo. Además, como fundamento único, esto sería válido en cada caso aislado, independientemente de la situación distributiva precedente, es decir, ajeno a si existe un regalo de la naturaleza antes de cada nueva cosecha, o un capital que facilite cada nueva jornada. Pero pronto Smith encuentra los límites de su ejercicio especulativo y comenta que tal sociedad donde el salario es la forma primigenia de la ganancia, pudo nunca haber existido. No obstante, ante la imposibilidad de demostrar nada, opta por asumir las condiciones de su sociedad tal como se le presentan, aunque no por ello desecha sus ideas, sino que las traslada de su narración sobre la propiedad individual del trabajo, a una teoría del salario donde dicho tipo de propiedad ya está contenida como su principal premisa. Luego, a lo largo de su tratado, Smith acude a la causalidad directa entre el trabajo y su producto para emplearla como el pilar que sustenta la propiedad en general, y como criterio para gestionar la propiedad en cada caso. Ya que la causalidad implica que a cada trabajo corresponde un producto como su equivalente, también de manera más amplia, a cada factor productivo le corresponde un ingreso. Este fundamento justifica los modos de distribución de la ganancia, aunque nosotros en este análisis podemos ver que en realidad este razonamiento es capaz de justificar la equivalencia sólo porque ésta ya está presente desde su génesis.

La causalidad sustenta los modos de equivalencia porque la causalidad es una relación de equivalencia disfrazada.

La causalidad entre el trabajo y su producto es tomada como evidente, por lo que se ignora que ha sido introducida por una narración meramente hipotética. La relación de causalidad, empero, no es una identidad, mas es tratada de manera tan difusa que Smith pasa de una noción del trabajo en sentido material a otra en sentido nominal haciendo de ellas casi sinónimos. Es por ello que posteriormente Marx empleó los conceptos de trabajo vivo y trabajo materializado para mantener la claridad. De cualquier manera, estos dos conceptos por sí solos no agotan la dialéctica entre lo material y lo nominal introducida por Smith en el trabajo. Por ende, no nos bastará con apuntar que el salario es la nueva forma de la ganancia, en remplazo de la renta, sino que debemos analizar cómo se distribuye la ganancia entre el beneficio y la renta con respecto a los salarios para realmente saber cómo surge el plusvalor. Y sólo después de balizar este marco conceptual es posible proseguir con el análisis de la teoría del valor.

Plusvalor según Smith



Finalmente, en este esquema podemos visualizar que Smith vuelve a realizar una expulsión del plusvalor con respecto a su fundamento, pero ya no lo expulsa de la mercancía, sino del trabajo y el salario. La ganancia sólo es positiva si se encuentra allende el trabajo.

2.1. Limitaciones de la teoría del salario

Smith define el salario²² de una manera más concisa cuando escribe que “El producto del trabajo constituye su recompensa natural, o salario.”²³ Según esta definición hay una relación directa entre el trabajo y su producto, dicha relación es la que fundamenta el derecho de propiedad individual, y se la llama salario. Ahora veremos que, por las observaciones de las condiciones sociales que ya él mismo había realizado, la relación directa entre el trabajo y su producto queda contradicha cuando la propiedad privada y el salario divergen, e incluso, se oponen.

Smith intentó construir una teoría del valor donde el trabajo es la fuente única de toda riqueza, y a la vez, conciliar con ella una justificación del capital y la renta como partes necesarias para la producción, sin ser ellas mismas inherentemente productivas. Esto es una contradicción patente, pero a pesar de ello, Smith asume en ocasiones la productividad del capital y la renta, lo que implicaría que ambas son formas de ganancia positiva, esto es, plusvalor en toda regla. Notemos que si la causalidad entre trabajo y producto es en todo caso mera equivalencia, la posibilidad de obtener una ganancia ha de venir de otro factor que no esté obligado a mantener tal equivalencia.

Sin embargo, el proceso en el cual trata de eliminar las contradicciones entre sus propias premisas no es tan burdo, y responde con un razonamiento elaborado donde el primer paso es la enajenación del trabajo de sí mismo. Smith no da explicaciones de esta separación pues le basta con señalar su existencia, sin poder hacer lo mismo con sus causas, pero Marx sí puede observar cómo opera lógicamente, y menciona:

Él debió por el contrario, como justamente apunta Ricardo, esbozar la conclusión opuesta, que la expresión “cantidad de trabajo” y “valor del trabajo” desde ahora no serán nunca más idénticas, y que por lo tanto el valor relativo de las mercancías, aunque determinado por el tiempo de trabajo contenido

22 Esta idea del salario no es original de Smith, y se puede encontrar sus raíces en otros autores de tradición liberal, como Locke. No obstante, la innovación está en el uso que hace de ella como fundamento del valor.

23 Smith, *Op. Cit.*, I, 8, p. 108.

en ellas, no está determinado por el valor del trabajo, dado que esto fue solamente correcto mientras la última expresión se mantenía idéntica a la primera.²⁴

Podemos encontrar también en Hegel una explicación del funcionamiento de esta separación. Cuando en la *Lógica* discurre sobre *lo otro*, Hegel explica que hay dos formas de entender el ser otro, como una cosa frente a otra, es decir como multiplicidad; y como diferencia, es decir, como heterónimo. En el primer caso, el algo existente sólo tiene relación consigo, es idéntico a sí, y la identidad es la única forma de relación a la que tiene acceso, por lo que lo otro múltiple no tiene contacto con él, ni viceversa. Si lo otro empieza donde termino lo uno, no hay intersección posible, y el otro está más allá de lo uno. En el segundo caso, el algo existente se enfrenta a la diferencia, así, lo otro ya no puede ser semejante a él. En la multiplicidad lo otro era igualmente un algo existente, y resultaba indiferente a cuál cosa individual se señalara entre la multiplicidad para hacer referencia a otra. Es indiferente seleccionar un A y relacionarlo a un B, que hacer lo mismo de B hacia A, pues ambos pertenecen a una misma clase. No es así el caso de la diferencia, pues frente al algo C existente, se le opone un D ajeno a su clase, con lo que en realidad se le opone la clase y no el algo D por sí mismo. Luego, es el lenguaje lo que determina a lo otro como diferencia, pues el lenguaje no es un algo determinado, y además no mantiene una relación de identidad consigo. Al ser la clase lo que se opone, los puntos de intersección son posibles, pues la diferencia es lógica, y no física.

Es aún más relevante para comprender las confusiones entre trabajo y producto del trabajo el observar que la diferencia se expresa como heterónimo, es decir, que el lenguaje también se enfrenta como un otro a la cosa incluso cuando la nombra. Así la palabra resulta ambivalente pues de un lado es igual a la cosa, pues la denomina, y del otro no lo es, pues no es un algo existente en sentido material. Ni la representación, ni la palabra, ni el concepto de lo material son cosas materiales. El lenguaje se

24 Marx, *Op. Cit.*, p. 73.

opone a lo existente y se muestra como lo otro, pero también posibilita las relaciones entre lo existente. Posibilita una nueva relación, la *mismidad*.

La ruptura de la identidad del trabajo es, hasta este momento, de carácter meramente lógico. Ya desde la narración de la propiedad individual del trabajo se da la ruptura lógica de la identidad entre el trabajo y su producto, donde la propiedad funge como vínculo que media entre ambos, y el salario es sólo la forma de nombrar tal vínculo. No obstante, aunque el trabajo estaría mediado por el lenguaje aun no queda claro cómo el trabajo y su producto llegan a ser heterónimos, ni tampoco por qué la consecuencia de esto es la oposición entre salario y propiedad. Al contrario, en este momento propiedad y salario se muestran como una mismidad estricta.

Para analizar esto hace falta ahondar más en la identidad del trabajo y su producto. En el escenario primitivo que dibuja Smith todo acto de trabajo es un acto productivo, dado que trabajar es siempre estar produciendo. El acto es inmediatamente igual al resultado, y en una sociedad primitiva no sería posible distinguirlos, es decir, nombrar y clasificar al acto de trabajar como ajeno al acto de producir. Si por ejemplo tomamos a un recolector o a un cazador, veremos que los actos de recoger un fruto, o matar a un animal son al mismo tiempo el poseer un fruto o una presa, pues el trabajo es directamente una apropiación, pero también una individualización de un objeto que ha sido aprehendido. Al individualizar tal objeto, se le produce, pues pasa de ser algo indeterminado en la totalidad de la naturaleza, a ser un objeto distinguido. Y a la inversa, si poseer es un trabajo de apropiación, entonces, a todo trabajo corresponde una recompensa directamente proporcional. Luego, trabajar, poseer, nombrar y percibir son un mismo acto. Mas esto deja de cumplirse en las sociedades con formas productivas más complejas.

En formas de producción más complejas como la agricultura, donde el trabajo de arado, siembra y cultivo no son a su vez apropiaciones directas de la cosecha, el problema de orden lógico que surge es, ¿a qué llamamos trabajo? O bien, ¿cuál es la parte existente, y cuál su otro lingüístico?

Ya separados por la división del trabajo, por un lado, se puede resaltar al trabajo como la parte material, la cual se limita al mero acto del esfuerzo humano, con lo que el producto sería una denominación dependiente del acto que forzosamente ha de ser deducida por algún método. Por el otro, si lo que se entiende como parte material del trabajo es al producto, entonces se colige que su parte nominal tendrá que ser un cierto acto originario que también sería deducido por algún método. Es a este último caso al que se afiliaban los fisiócratas cuando tomaban a la producción agrícola como el objeto fijo, estable, y sobre todo, ya dado por la naturaleza, y desde el cual se derivarían las ganancias en forma de renta. Como vimos, la noción de trabajo como elemento variable surgió de este razonamiento.

Con Smith, empero, encontramos un cambio de perspectiva constante, en algunos casos toma al acto de trabajo como un fenómeno dado, como fundamento desde el cual se han de determinar los ingresos resultantes; en otros, toma al trabajo ya realizado como el fenómeno dado desde el que se han de descubrir y nombrar las causas en cualquiera de sus tres formas: Trabajo, capital o propiedad de la tierra.

Para visualizar esto formalizaré en las siguientes fórmulas:

$T=P$; Trabajo igual a Producto. La equivalencia implica propiedad y se fundamenta en la causalidad.

$T=x$; Cantidad de trabajo constante, y producto variable. El trabajo es una causa conocida, la equivalencia se supone, pero el resultado de la producción es incierto.

$x=P$; Producción constante, y trabajo variable. La producción es una consecuencia conocida desde la que se deducen las causas.

El vínculo entre el acto y el producto es siempre el principio de propiedad individual, pero este se modifica dependiendo del método de deducción, ya sea que se designen los ingresos partiendo del

rendimiento del trabajo vivo, o que se designen las distribuciones de los factores productivos constitutivos de la mercancía desde el precio de las mismas, sólo para volver a asignar los ingresos. Ambos métodos de determinación son métodos de asignación de precios, por lo que Smith distingue en la sección 5 del primer libro un precio real de las mercancías y uno nominal. Al primer método lo llamaré *determinación real de los ingresos* ($T=x$), y a la segunda *determinación nominal de los ingresos* ($x=P$), con el objetivo de mantener la correspondencia con los términos de Smith. Aunque ya se ha dicho que los dos están conformados de una parte material y otra nominal. La primera es consecuente con la teoría del salario, la segunda requiere otras explicaciones.

Acorde con su teoría del salario, Smith le da preeminencia a la determinación real de los ingresos, ya que desde su perspectiva el acto de trabajo es forzosamente la causa primera de toda mercancía, puesto que capital y renta no son más que acumulaciones de mercancías que en última instancia fueron generadas por trabajo. Luego, también la razón entre las dos partes del trabajo nos es otorgada por el principio de proporción necesaria entre ellas, es decir, su precio real.

No obstante, la discusión a la que nos reconduce Smith desde su primera distinción entre lo nominal y lo real es sobre la medida del valor, apartándonos de su fundamento, pues en la práctica común el valor no puede ser medurado en sus propios términos. El trabajo como valor puro es equivalente a sí gracias a su identidad consigo, pero con el fin de establecer una relación de mismidad con lo otro requiere un principio de proporcionalidad, a saber, el precio. Luego, el precio real es aquel que se resuelve siempre en una cantidad de trabajo derivada directamente de un acto de trabajo particular. El escenario ideal sería mantener la equivalencia directa del trabajo consigo, es decir, que el trabajo fuera su propio precio (el precio real), pero ya que esto resulta trivial, entonces es necesario obtener un precio ontológicamente distinto al trabajo y que pueda relacionarse con él, por ello, se vuelve necesario un precio que sea lenguaje, un precio nominal. Dado que el trabajo está mediado por el precio nominal, a pesar de postular al acto de trabajo como la parte real, fija o material, debe volver a

preguntarse si su medida tiene en sí un carácter real o exclusivamente nominal, y nos explica respecto a los precios:

Pero aunque el trabajo es la medida real del valor de cambio de todas las mercancías, no es la medida con la cual su valor es habitualmente estimado. Es con frecuencia difícil discernir la proporción entre dos cantidades distintas de trabajo. El tiempo invertido en dos tipos diferentes de labor no siempre bastará por sí solo para determinar esa proporción. Habrá que tener en cuenta también los diversos grados de esfuerzo soportado y destreza desplegada. [...] pero el ajuste no se efectúa según una medición exacta sino mediante el regateo y la negociación del mercado, que desemboca en esa suerte de igualdad aproximada, no exacta pero suficiente para llevar adelante las actividades corrientes.

Además, cada mercancía se intercambia, y por lo tanto se compara, más habitualmente con otras mercancías que con trabajo. Es por lo tanto más natural estimar su valor de cambio mediante la cantidad no de trabajo sino de alguna otra mercancía que pueda comprar. Asimismo, la mayoría de las personas entienden mejor lo que significa una cantidad de una mercancía concreta que una cantidad de trabajo. La una es un objeto claro y palpable; la otra es una noción abstracta que, aunque puede volverse suficientemente inteligible, en absoluto resulta tan natural y evidente.²⁵

Así, aunque teóricamente la determinación del valor tiene un sentido que va del acto de trabajo hacia el producto (determinación real), en la práctica, al usar lo otro como medida, esta tiene un sentido del producto hacia el acto (determinación nominal). Y ya que sólo tenemos acceso directo a la medida del valor en la experiencia cotidiana, y no a las situaciones supuestas por la narración de la propiedad individual del trabajo, Smith termina por adoptar una perspectiva nominal del valor, a saber, que es una cierta cantidad o nominación de una mercancía la que determina el trabajo, quedando aquella como el verdadero fundamento de éste.

En las siguientes tablas ilustro los elementos tratados hasta este momento y cómo Smith va decantándose por una clasificación. Si como Marx menciona en la cita que abre esta sección, que “la

25 Smith, *Op. Cit.*, p. 65-66.

expresión “cantidad de trabajo” y “valor del trabajo” desde ahora no serán nunca más idénticas, y que por lo tanto el valor relativo de las mercancías, aunque determinado por el tiempo de trabajo contenido en ellas, no está determinado por el valor del trabajo”²⁶, podemos además de enumerar tales elementos, compararlos entre sí.

Categorización desde la teoría del salario (determinación real)

REAL	NOMINAL
Trabajo (acto)	Producto (precio)
Valor del trabajo	Cantidad de trabajo
Valor del trabajo	Tiempo de trabajo

Por valor relativo de las mercancías entendemos su precio, es decir, su nominación. Además, este precio tendría que estar determinado por el valor de trabajo, el cual sólo se puede conocer mediante su cantidad, la cual se mide en tiempo de trabajo, pero esto no es el caso, pues no es posible acceder al valor directamente para medirlo. Asumiendo que el valor y la cantidad son equivalentes bastaría con poder recurrir a esta última. Así, el tiempo de trabajo serviría como auténtica forma de nominación del valor, y antecedería al precio. Mas esta solución se limita a incluir un paso extra sin resolver su problema de base, a saber, que no es posible acceder directamente a lo real desde la nominación, sino únicamente a una representación hipotética de lo real.

Categorización desde la situación de mercado (determinación nominal)

REAL	NOMINAL
Producto (precio)	Trabajo
Cantidad de trabajo	Valor del trabajo
Valor del trabajo	Tiempo de trabajo

26 Marx, *supra*.

Cuando Smith opta por usar al producto como medida real del valor, lo más simple sería invertir apresuradamente cada una de las duplas, sin embargo, él menciona que el tiempo de trabajo no está relacionado directamente con la medición del valor mediante otros productos, al contrario, el precio y el tiempo son independientes, y más aún, la negociación de precios es un mecanismo del todo distinto a la producción y sus tiempos. Por lo que la tabla sufriría las modificaciones mostradas.

Lo interesante de esta última tabla, además de sublimar el trabajo en acto hacia una mera idea, es que coloca el valor del trabajo de ambos lados, con lo que la postura de Smith sigue siendo ambigua. Smith insiste en que el valor del trabajo no debería estar indeterminado, y por consecuencia también debería haber un método o recurso que describa sus variaciones de manera racional, o mejor aún, que las prescriba, pues aquella mercancía que contiene en sí una cantidad dada de esfuerzo, siempre tendrá esa cantidad de trabajo como una cualidad propia. Por ende, una mercancía que es valorada por sí misma, es decir, en términos de mero trabajo, debe ser evaluada mediante un patrón invariable fundamentado en un aspecto real de su propia existencia. En otras palabras, dado que el precio es lenguaje, este al menos ha de estar firmemente fundamentado en algo real, esta sería la forma pragmática del precio real que busca Smith.

No obstante, esta forma de apreciación sólo funcionaría de manera endógena, ya que es incapaz de valorar una mercancía frente a otra. Smith como último recurso distingue la parte real de la nominal reduciendo el precio nominal al mero equivalente en plata u oro. Pero su intención falla, pues no ve que ha llegado a un punto de su pensamiento donde todo precio real al ser empleado como puente entre mercancías se vuelve inevitablemente un precio nominal, ya sea en especie o en metálico.

Dentro de la argumentación de Smith todo precio real proviene de un sólo origen, el trabajo; y se expresa en una misma forma, el salario. Mas en este punto la definición de salario se ha modificado, pues en la narración de Smith el salario es una recompensa directa del trabajo, una cantidad de mercancías deducidas inmediatamente de un gasto de esfuerzo. Su precio es presuntamente real y ha de

ser derivado de una determinación real, pero él mismo demuestra que este método es inviable. Ahora, Smith describe una forma exógena del salario:

Aunque para el trabajador las cantidades iguales de trabajo siempre tienen el mismo valor, para el hombre que lo emplea tienen a veces un valor mayor y otras veces uno menor. [...] para él el precio del trabajo cambia como el de las demás cosas. [...]. Pero en realidad lo que resulta barato en un caso y caro en otro son las mercancías.²⁷

Esta es la definición indirecta del salario, pues pasa por la perspectiva del capitalista, y no del trabajador, no obstante es la más extendida. Así, salario es el conjunto de mercancías justo y necesario para la subsistencia y reproducción del trabajo. Es la determinación nominal del salario, el salario mínimo.

2. 2. Fundamentación del valor alternativa al salario

El dilema en el que desembocó la teoría del salario es el siguiente: a) o bien, el valor que surge de las formas de trabajo complejo es una propiedad indeterminada, incomunicable e incognoscible, con lo que jamás se puede llegar a fijar una correspondencia entre este valor originario y su representación como salario, o b) el valor proviene de otra fuente que se determina nominalmente, que está presente en la mercancía y que no proviene exclusivamente del trabajo, por ende, tampoco se resuelve únicamente en salario. Luego, tenemos que reconsiderar a los otros factores compositivos de la mercancía.

Si acudimos a Hegel, podemos reordenar los factores constitutivos de la mercancía expuestos por Smith. Cuando en su *Lógica* nos habla sobre *lo puesto* y la *constitución del concepto*²⁸, explica que lo existente se relaciona con lo otro integrando como parte de sí lo que le viene de fuera. Así por ejemplo, un objeto que sea de un color específico tiene ese color como una propiedad pues se compone de materiales capaces de reflejar una onda de luz delimitada dentro del espectro visible siempre que la

27 Smith, *Op. Cit.*, I, 5, p. 68.

28 Ver, Hegel, “b) Determinación (destinación), constitución y término” en *Lógica*, Libro I, Capítulo Segundo, B.

luz y el objeto entran en contacto. Si tal contacto no ocurre, el color tampoco, aunque la capacidad reflexiva del material siga presente en la cosa. Integrar a lo otro en la cosa es la auténtica forma de relacionarse de lo existente, y dicha integración tiene dos consecuencias directas, la primera es la emergencia de un fenómeno, y la segunda la constitución del concepto de la cosa.

Siguiendo con el ejemplo, de la interacción entre el material reflectante y la luz emerge el fenómeno cromático. Puesto que el fenómeno depende de la existencia de ambas partes es que se le atribuye el color a ambas por igual. Hasta aquí, el color es propiedad de un objeto y también de la luz, sólo después de que se integra a la luz como parte del primer objeto es que se entiende a este como objeto reflejante. Al atribuir el color tanto al material como a la luz éste se integra a sus conceptos, y finalmente se puede afirmar que es una propiedad de ambas existencias. A esta integración de algo que no es estrictamente la misma existencia, pero que pertenece a su concepto es a lo que, en este momento, Hegel llama *lo puesto*. En el caso del color, el concepto de nuestro objeto ya supone de manera negativa su relación con la luz sin que esta forme parte de él de manera física. En otras palabras, para que un objeto, como una espinaca, pueda ser incluir en su concepto el color verde como un elemento siempre presente, esto es, que dicho color constituya parte del concepto de esa planta, es necesario que además de enumerar dentro del concepto las partes que la componen (como la clorofila) también se incluya a la luz, aunque la espinaca no sea un objeto lumínico. La luz está enumerada como uno de sus elementos constitutivos de manera negativa, está *puesta* en el concepto de manera nominal aunque necesaria. Esto es más evidente en el caso del concepto de clorofila donde el nombre mismo es el resultado de este proceso lógico y ontológico.

La mercancía en tanto existente no se exceptúa de esta forma de relación con lo otro. Más aún, según el razonamiento de Smith en el cual toda mercancía es producto de trabajo está implícita la relación de lo existente y lo otro, pues el trabajo es en sí mismo esta relación entre existentes. Teniendo

esto en cuenta podemos encontrar algunas imperfecciones en la caracterización que Smith nos proporciona de la mercancía, de ella nos dice que:

En todas las sociedades el precio de toda mercancía se resuelve en última instancia en alguna u otra de esas partes o en todas [salario, beneficio y renta]; y en toda sociedad avanzada, las tres entran más o menos como partes componentes en el precio de gran mayoría de las mercancías.²⁹

Por otro lado, poco antes escribe que “el valor real de todos los varios componentes del precio viene medido por la cantidad de trabajo que cada uno de ellos puede comprar u ordenar.”³⁰ La explicación de Smith parece coherente, el precio no es sinónimo de valor, con lo que el precio de la mercancía puede deberse a tres partes distintas, mientras que, el valor tiene una única fuente, pues las tres partes mencionadas se reducen a trabajo. Si capital y renta no son trabajo directamente, esto no impide que estén fundamentados en este, y que la división en tres factores sea más bien superficial; sólo relevante en un sentido lógico, pero no material. Las dificultades, no obstante, persisten, pues esta postura del trabajo como fuente última del valor lleva a Smith a un callejón donde la salida más óptima es ceder el origen del valor a otro de los factores productivos que componen la mercancía, y no ya al trabajo en acto.

Para profundizar en este punto hemos de precisar las diferencias clave entre la mercancía como existente y como concepto. En los fragmentos citados de Smith se puede reconocer la división del precio de la mercancía en salario, beneficio y renta, pues el precio es sólo el equivalente nominal de ésta, pero no ella misma. Mas dicha división del precio estaría injustificada si no se sostuviera sobre la composición real de la mercancía, es decir, que el precio se puede descomponer en partes porque es meramente una razón entre cantidades de componentes reales, de lo contrario, tal cantidad sería subdividida arbitrariamente. Luego, el criterio para que dicha división sea legítima es que la composición de la mercancía en sentido físico también esté segmentada de la misma manera. Ciertas

29 Smith, *Op. Cit.*, I, 6, p. 90.

30 *Ibid.*, 89-90.

determinaciones le vienen dadas por el trabajo, otras por el capital y otras por la propiedad de la tierra. Así, una vez que se ha fundamentado correctamente la división física de la mercancía, se puede derivar una división del precio como salario, beneficio y renta. La justificación del salario como ya sabemos es el trabajo, que es el principio de base para toda mercancía, pero en el caso del beneficio y la renta Smith explica nuevamente que en formas desarrolladas del trabajo, el capital y la propiedad de la tierra no crean a la mercancía, pero posibilitan que esta sea producida. Así, aunque la mercancía es siempre un producto del trabajo, es decir, un efecto de este, a su vez el capital y la propiedad de la tierra se presentan como causas del trabajo, y por ende, como causas de la mercancía. Ambas son formas de propiedad, y a la conclusión en la que hemos desembocado es que la propiedad es la causa primera del proceso de producción y de las mercancías.

La discusión puede entrar en un ciclo donde el trabajo es causa del capital, y el capital lo es del trabajo, y así hasta el infinito. Para resolver esta aporía parecería suficiente aclarar que el trabajo es causa material del capital, mientras que el capital es con respecto al trabajo una causa de otra naturaleza, por lo que al pertenecer a dimensiones distintas, en realidad no se excluyen. La materialidad del trabajo siempre será el origen de toda mercancía o ganancia en tanto que productos materiales, mientras que la propiedad siempre será origen de la distribución y la organización de dichas producciones y sus procesos, es decir, causa de sus modos de ser, no de su mera existencia. Sin embargo, esta línea no resuelve el problema del valor, que como sabemos se sustenta en la materialidad de los bienes, pero también en su organización (lo que en un futuro generará una duplicación del concepto). Desde la perspectiva de Smith, así como el precio se subdivide en tres formas de ingreso, la mercancía como existente es efecto de la reunión de los tres factores de producción vistos equitativamente como causas materiales. Esto es problemático cuando agrega que también se dan casos donde la mercancía puede prescindir de la propiedad de la tierra, o del capital, lo que sugiere que los modos de existencia de la mercancía no dependen directamente de los factores que la componen, en

otras palabras, que la misma actividad productiva puede hacer uso, o no, de capital o de la tierra, sin que esto altere el proceso de producción. Verbigracia, la presencia de inversión de capital o pago de renta no altera que el proceso físico o químico de la producción. Luego, los factores de producción a pesar de tener una influencia significativa en la gestión de los procesos, su principal característica es que garantizan su existencia. Smith postula una relación inmediata entre los factores y los procesos de producción, y al mismo tiempo acepta que esta relación no es directa. Su interés de insistir en esta subdivisión de los factores es resaltar que en esta triada se agotan todas las causas posibles de la existencia de la mercancía, por ende, de su valor, pues un cambio que se limite a los modos de ser de la mercancía nada nos diría respecto de sus magnitudes de valor.

Con lo dicho, ahora podemos colegir por nuestra parte dos aspectos de la mercancía. El primero es que al ser un producto que ya se ha relacionado con lo otro, lo existente ya ha integrado a lo otro en sí. Esto ocurre dentro del proceso de producción donde lo existente se relaciona con otros existentes; donde los insumos facilitados por el capital se relacionan con aquellos derivados del trabajo. El segundo es que la mercancía no es un existente, sino que tiene una dimensión existente. La mercancía es un modo de ser de lo existente relacionándose, lo mismo que el fenómeno lumínico. Para lo existente es indiferente cualquier otro existente, pues ya sabemos que lo único que realmente se le opone como distinto es lo nominal.

Si la mercancía fuera simplemente un existente entonces sería sólo una cualidad física determinada, pero no llegaría a ser un objeto. Lo meramente existente no llega a ser un objeto, porque lo existente tiene como única relación la identidad consigo. Lo existente así determinado sólo comprende sus cualidades físicas, como lo son las magnitudes de los cuerpos o las propiedades químicas de los elementos. Estas determinaciones no bastan para agotar lo que es un objeto, y mucho menos una mercancía. Saber que los metales en general son buenos conductores de electricidad y calor es irrelevante para identificar o individualizar tal material como un objeto, ni como un bien; sólo nos

proporciona la información de que es metálico. Luego, una mercancía no es un existente, sino que únicamente es un concepto que refiere a un existente. Es sólo porque la mercancía es un concepto, que su dimensión referente a lo existente tiene como términos al trabajo, el capital y la propiedad de la tierra, de esta manera al decir que estos factores productivos componen la mercancía, no decimos a su vez que ésta es físicamente trabajo, capital y propiedad, sino que estos factores están implicadas en la individualización de lo material en objeto. Es decir, que estos factores organizan socialmente el proceso de producción específico por el que un material deviene una mercancía: es la organización social de las clases las que determinan culturalmente los avances tecnológicos que dan lugar a los objetos. Y después se piensa erróneamente que los factores productivos están materialmente presentes en las mercancías. Están presentes no en lo físico, sino en el concepto. Están sólo *puestos* en el concepto.

Pero entonces, ¿en el proceso de producción son estos factores, y no la mercancía, los que se relacionan con lo otro? ¿o tampoco ellos se relacionan con lo existente, sino exclusivamente entre ellos? Si como se ha dicho, lo existente es mera cualidad, entonces los factores productivos también son conceptos que refieren a lo existente, y no componentes físicos de la mercancía. En las formas socialmente complejas de producción la mercancía es trabajo y es capital en el mismo sentido porque los factores productivos son conceptos, que a su vez coinciden en el concepto de mercancía. Con esta distinción entre el concepto y el referente material se abriría la posibilidad de que los factores fueran indistintos entre sí, coextensivos y sin proporciones. Indistintos, pues un material sigue teniendo la misma composición y la misma utilidad dentro del proceso de producción independientemente de si fue obtenido gracias al trabajo o al capital. Coextensivos y sin proporciones porque es perfectamente legítimo afirmar que la misma mercancía es completamente producto del trabajo, y también producto del capital, con lo que los límites entre capital y trabajo se funden, o al menos se confunden, y resulta irrealizable el deseo de distribuir por partes los ingresos respecto a una cantidad proporcional de los factores.

Mas de nueva cuenta, ésta tampoco es la línea que sigue Smith, así que el excurso anterior sólo nos sirve para hacer notar que dentro de las premisas de su investigación se encuentran problemas no resueltos, que en general se resumen en una confusión entre lo material y lo nominal. Se entienda a la mercancía como un mero concepto, o como la dupla de concepto y objeto, de él no se puede establecer una separación entre aquello que pertenece a cada factor productivo, y sin ello, tampoco descubrir de dónde surge ninguna ganancia posible. La mercancía es totalmente causada por el trabajo y al mismo tiempo es totalmente causada por el capital, pues la causalidad no tiene relación directa con la cantidad. La causalidad está presente o no está. Por ende, cuando en la distribución de los ingresos se trate de determinar las proporciones correspondientes al salario y al beneficio basándose en el trabajo y el capital, esta deducción tampoco puede ser directa, pues no se pueden conocer el trabajo y el capital presuntamente presentes en la existencia de la mercancía, sino únicamente una imagen de ellos, esto es, la dimensión puramente nominal de la mercancía: el precio. Finalmente, los factores productivos y los ingresos no se corresponden necesariamente, pues tampoco está dado como necesario un nexo entre las partes materiales que componen el proceso de producción con respecto a las categorías empleadas en el intercambio, ni en la distribución, luego, lo que ocurra en estas esferas halla su justificación en principios ajenos a la producción.

Ahora, dado que lo existente se comunica con lo otro *poniéndolo* en sí de manera nominal, por fuerza los bienes materiales no pueden ser valuados ni en términos de su propia composición material, ni en términos de trabajo, pues este es también una parte constitutiva igualmente endógena. Luego, para que el objeto pueda ser valuado lo ha de ser siempre a merced de la introducción de lo otro. Introducción que no es material, sino nominal, poniendo a la forma heterónima de lo otro dentro del concepto de la cosa. Así, el bien material sólo se valúa mediante el precio nominal, pues como ya se dijo antes, en la práctica el precio real siempre termina reducido a una determinación desde el nominal. A esta recomposición del bien material en un concepto que incluye a otros existentes desde su

heterónimo es a lo que llamamos su *constitución*, y en particular, su constitución como mercancía. La mercancía es un concepto *constituido* por los factores productivos. Factores que además provienen del precio y no a la inversa. Por ende, el concepto de mercancía es en primer lugar precios, y el pensamiento de Smith vuelve a quedar en el mismo punto donde Steuart dejó el problema. Sin embargo, Smith ha avanzado en la conceptualización, y por ende, en la idealización de los conceptos de mercancía, de valor y de riqueza. Conceptos interrelacionados por la causalidad.

Ahondando en la constitución del concepto, Hegel explica que ésta implica a su vez una *destinación*. Que no es más que una tendencia de las cosas a relacionarse o desligarse entre sí, según sea el caso. Además, nos describe como esta constitución conceptual se consolida gracias a su correspondencia con estas tendencias. En otras palabras, puesto que dos objetos siempre, o casi siempre, se relacionan de la misma manera, integrarlos conceptualmente está justificado. No obstante, independientemente de la solidez de esta correlación entre concepto y existencia, estos nunca llegan a compaginarse perfectamente pues todo concepto se presenta como heterónimo de lo existente. En este caso, concepto y existencia nunca han sido idénticos, ni pueden serlo. Entre ellos opera la oposición estricta de lo real y lo nominal.

Pese a que lo existente constituye a la cosa gracias al concepto, sin embargo, lo existente no es nunca lenguaje, y a la inversa, el concepto, aunque reúne todas las partes que identifican a la cosa, nunca es él mismo una de sus propiedades materiales. En consecuencia, Hegel describe una interioridad y exterioridad a partir de la constitución. En la cosa ya constituida existe una parte esencialmente material que está más allá del lenguaje, la mera materialidad de lo existente. Esta esencia es radicalmente endógena, y por ende, no puede relacionarse con lo otro por los medios antes mencionados, a pesar de ser común a todas las cosas. Sin embargo, sólo llegamos a colegir esta esencia porque ha sido enmarcada dentro de los límites de la cosa erigidos por la constitución de su concepto. La constitución del concepto delimita un *dentro de sí* de la cosa; mas aquella esencia a pesar de situarse

dentro de los márgenes fijados por el concepto al igual que el resto de sus elementos, los trasciende, con lo que el concepto sólo puede señalarla como su parte negativa, pero ya no explicarla, pues para eso requeriría abordarla desde lo nominal. Dada esta imposibilidad del concepto en la explicación, se asume que ha llegado al fundamento de la cosa, a su causa primera. Esta es la lógica en la que desemboca la abstracción del trabajo que realiza Smith. Recordemos que en su ambigüedad intenta mantener reales al trabajo como acto y al trabajo como producto por partes iguales. Mas ahora que ha hecho del trabajo una esencia fundamental, es decir, la fuente de todo valor, pero que no puede ser valorada, es otro elemento al que tiene que recurrir para poder valorar las mercancías.

La coherencia se restablece si observamos que frente a la dicotomía acto/producto aparece un tercer tipo de trabajo, el abstracto. Si el problema de la ambigüedad exigía a Smith decantarse por el trabajo en acto o por el producto como la forma real del trabajo, al introducir este tercer tipo de trabajo Smith puede elegir al producto y desplazar la oposición real/nominal entre el trabajo abstracto y la mercancía en general, implicando tanto a sus partes materiales como a *lo puesto* en su concepto. Es también a partir de esta radicalización del trabajo como *esencia inalienable de la cosa* que al intentar usarlo como precio real, siempre termina operando como mera causa primera de su heterónimo, el precio nominal.

Categorización tripartita

<i>Precio real</i>	<i>Precio nominal</i>	
METAFÍSICO	REAL	NOMINAL
Trabajo abstracto	Producto (precio)	Trabajo (acto)
	Cantidad de trabajo (unidad de producto)	Valor de trabajo
Valor de trabajo	Tiempo de trabajo	←

En esta tabla muestro cómo se integra el trabajo abstracto a las tablas de categorización al final de la sección anterior. Comparemos que con sólo dos tipos de trabajo el valor se situaba en ambas columnas, el acto y su valor eran patrón de medida de la cantidad de trabajo y su identificación como producto. Finalmente se llegaba a una medida de valor de trabajo, cuya única diferencia con su contraparte nominal sería el haber pasado por este proceso de determinación desde lo otro. Con la abstracción del trabajo, las partes consideradas como reales pueden estar ya dadas, a saber, una cantidad de trabajo, una cantidad de tiempo de trabajo y una cantidad de producto pasan a ser las formas visibles e individualizadas del concepto de mercancía. En estas tres formas están presentes tanto el objeto, como su representación en precio nominal y una representación idealizada de lo real. Llegando a ellas la pretensión de Smith podría darse por satisfecha. Pero estas formas que aparentan ser reales, o fundamentadas en lo real, como es el caso del precio real, dentro del mismo marco teórico no son sino formas nominales, o en el mejor de los casos problemáticas, pues a su vez están fundamentadas en el trabajo abstracto y el trabajo en acto. Pero si notamos que los elementos de la primera y la tercera columna ahora coinciden, veremos que las cantidades de tiempo, producto y precio están a su vez determinadas por la imagen del trabajo abstracto y por la necesidad teórica del trabajo en acto, pues de ellas dependen todo valor.

De la misma manera en que se explicó la destinación entre el concepto y lo existente. La determinación mutua entre estas dimensiones del trabajo y la mercancía parece estable, aunque encierra en sí la constante oposición entre lo real y lo nominal. Estabilidad que se sostiene siempre que no se pretenda llegar al fundamento mismo del valor, que Smith mantiene en la ambigüedad. Insistir en una esencia radicalmente intrínseca a la mercancía y que es inaccesible por el lenguaje es un callejón sin salida. Pero no es mucho mejor sostener una postura híbrida, pues ya observamos por qué esta segunda opción no se sostiene, y termina reconduciéndonos a la primera. En ambas rutas es el precio lo que determina el concepto de mercancía y no a la inversa. Más aún, a través del concepto de mercancía el

precio determina el trabajo, y con ello lo que tendría que ser la causa termina siendo la consecuencia. Si era el trabajo la fuente de la riqueza, y después del valor, en los hechos es el valor lo que determina la distribución de la riqueza y con ello todo lo relacionado con la gestión del trabajo, empezando con los salarios.

Toda esta confusión entre partes reales y nominales se debe a la carencia de un método lícito para determinar directamente la proporción trabajo/salario en las formas de producción capitalistas. Más aún, la propiedad privada puede constituir exitosamente al capital gracias a que hace de algo tan concreto como el trabajo una entidad trascendente a este mundo. Luego, deja como única ruta posible explorar una teoría del valor como algo meramente nominal, y volver a reinterpretar la composición de la mercancía desde esta perspectiva. Sin embargo, volveremos a ver más adelante que al retomar esta ruta tendremos que repensar la oposición entre lo nominal y lo real desde otra perspectiva.

Marx critica esta clase de confusiones en Smith, pues existe una polisemia del concepto de trabajo en sus textos, y con ella también se genera una polisemia del valor. Este valor primordial dentro de las mercancías no parece ser, ni aquello a lo que llama valor de uso, ni tampoco el valor de cambio. Más aún, parecería que es a partir del valor como fenómeno nominal, que Smith busca hallar un correlato “real” y lo postula, aunque en su desarrollo en lugar de llegar a ser un fenómeno tangible termina siendo un supuesto más allá de lo fenoménico, pero aún así, existente; una radicalización de la relación de lo existente consigo que trasciende su materialidad por medio de lo nominal.

Ya que el precio real se ha vuelto una imposibilidad en la práctica, no se puede inferir la equivalencia entre mercancías partiendo del trabajo hacia su producto. Sólo nos queda colocarnos desde el otro punto de vista de Smith, la alternativa es partir del producto hacia el trabajo. Ésta, además de ser una inversión en el método, también tergiversa la definición que Smith ha dado del salario. Donde antes el producto del trabajo constituía la recompensa natural del acto de trabajo, ahora el acto

del trabajo es un gasto añadido a una cantidad de productos. Es el salario desde la perspectiva del capital:

Rara vez ocurre que la persona que cultiva la tierra disponga de lo suficiente para mantenerse hasta que recoge la cosecha. Su subsistencia en general le es adelantada a partir del capital de un patrono, el granjero que lo emplea y que no tendría interés alguno en hacerlo si no fuera a compartir el producto de su trabajo, o si su capital no le fuese reemplazado con un beneficio. Este beneficio es la segunda deducción [después de la renta] del producto del trabajo empleado en la tierra.³¹

Smith pasa de una teoría del salario donde toda mercancía se resuelve en el binomio trabajo-salario, a una redefinición del salario desde el concepto de mercancía, donde ahora el concepto de salario está atravesado por la propiedad de la tierra y el capital como elementos *puestos* en él.

2. 3. El beneficio y la independencia de lo nominal

Hasta ahora hemos dado bastante importancia a la parte material de la mercancía, pero también vimos cómo esta postura llevaba a confusiones. En esta sección nos enfocaremos en la parte nominal, y observaremos que, si bien en la correspondencia entre concepto y materia esta última conservaba una dimensión de sí incompatible con el concepto, aquel también hará lo mismo de vuelta.

Sabemos que la composición de la mercancía se divide en trabajo, capital y propiedad de la tierra, y que estos factores constituyen a la mercancía no de manera material, sino como conceptos. Con anterioridad vimos que entender estos factores de manera material los hace indistinguibles en la producción efectiva de la mercancía, así que ahora será necesario aclarar qué los mantiene distintos en tanto que derivados desde los precios. Por eso hemos de añadir al concepto de mercancía su representación en precio, pues en dicha representación es donde moran los ingresos como términos ya no de mercancía física, sino de su imagen conceptual.

31 *Ibíd.*, pp. 109-110.

Partamos de esta distinción. Existe la materialidad de la mercancía, y de otro lado su concepto. Ya sabemos que en la teoría del salario el trabajo como acto tiene también una materialidad, y hemos visto cómo se ha abstraído su concepto. Tenemos dos dimensiones separadas, lo real y lo nominal, y notamos lo difícil que es establecer una conexión entre ambas, con lo que el trabajo y las mercancías también sufren de esta dicotomía. En este panorama se suman más problemas, y es que no sabemos cómo se integra nuevo valor a este sistema, ni tampoco cómo se integran los factores productivos en él.

En el escenario primitivo donde el trabajo y su producto conservan una relación estrecha, la mercancía se compone de un lado de la materia trabajada, y del otro, del trabajo agregado como valor, empero, ambas partes se remontan a un sólo factor productivo, el trabajo. Al finalizar el proceso productivo este desarrollo de la mercancía se expresa como propiedad individual del trabajo, esto es, salario. Sin embargo, ya que este escenario no es real, Smith apunta que “El valor que los trabajadores añaden a los materiales, entonces, se divide en este caso en dos partes, una que paga los salarios y la otra que paga el beneficio del empleador sobre todos los materiales y salarios que adelantó”.³² En el escenario primitivo el trabajo como factor no es sólo una categoría que delimita la totalidad de la mercancía, sino que también *pone* valor nuevo en ella. El trabajo como acto relaciona lo existente, y así, configura la constitución física de la mercancía, pero también determina qué términos se añaden o se sustraen de su concepto. Desde el pensamiento de Smith, el trabajo se agrega a la mercancía de manera paralela como añadido físico y como *término del concepto*. El trabajo es relación con lo otro, y en este relacionar se agrega a sí como valor al concepto de la mercancía, luego, el valor está ya en la mercancía, pero también es un término *puesto* en la mercancía, pues le viene de fuera de su existencia para pasar a formar parte de ella.

En las formas de trabajo complejas, el capital es también un término puesto en el concepto de mercancía, pero la diferencia que tiene con respecto al trabajo es que este término no agrega valor, por

32 *Ibíd.*, p. 87.

lo que, si existen como proporciones dentro de la mercancía, entonces, una mayor presencia de uno implica la disminución del otro, luego, el capital no agrega valor, lo sustrae. Por tanto, el trabajo y el capital son antitéticos.

El trabajo tiene como característica exclusiva la generación de valor, así que debemos replantear las siguientes ramas del problema: 1) El beneficio como ingreso respectivo al capital es una sustracción de ese valor que ha donado el trabajo al oponerse a él dentro de la mercancía. Esta es la opción que acabamos de describir. 2) El beneficio es neutro, pues el capital sólo moldea las formas en las que el trabajo se distribuye, pero no su magnitud de valor. Esta opción no parece viable, pues incluso si el capital no altera esencialmente la magnitud de valor del trabajo, el beneficio sigue implicando una repartición de dichos valores entre trabajadores y capitalistas, dado que, la distribución de los factores en la mercancía debe ser igual a la distribución de los ingresos. Luego, el beneficio o bien es sustractivo (1) o generador. 3) El capital es también generador de valor al posibilitar el trabajo, con lo que el beneficio no es mera sustracción del valor del trabajo. Esta tercera opción es la que revisaremos ahora.

Pero antes, ya que el beneficio ha sido puesto en el precio de la mercancía por medio del capital, advirtamos que suponer sin más al beneficio como la forma en la que se expresa la ganancia, y que por lo tanto, se explique al plusvalor como un fenómeno del capital y no del trabajo resultaría ser una petición de principio, pues sería un mero juego lingüístico donde la sinonimia entre beneficio y ganancia tomaría el lugar de una auténtica argumentación de causa. Es decir, que no basta con decir que se ha puesto capital en la producción de la mercancía, y por ende, que el beneficio obtenido de ella es simplemente la sustracción de esa inversión. Esto sólo valdría para argumentar el retiro de una suma igual a la invertida, pero no para sostener una capacidad generativa del capital. Se debe explicar por qué el capital es productivo y cómo se da ese proceso para defender que el beneficio es una ganancia positiva, y finalmente que la ganancia en forma de beneficio es beneficio en la forma de interés.

Conocemos las razones por las cuales no atribuir el valor únicamente al trabajo, pero ahora debemos cuidarnos de no dotar de cualidades injustificadas al capital. En la sección anterior he concluido que no parece haber un nexo necesario entre los factores productivos y los ingresos dada la distinción cualitativa e irreconciliable entre la mera existencia y el concepto, lo que en el caso del beneficio implicaría que no hay a su vez un nexo necesario entre las dos dimensiones del capital que son el adelanto de salarios e insumos (cuyas determinaciones se confunden con las del resto de factores dentro del proceso de producción) y el beneficio del empleador como interés sobre su capital. Este proceso quedaría fuera de la producción, o mejor dicho, al margen, pero esto lo expondré sirviéndome del desarrollo que Hegel realiza sobre el *término*. Así que mediante ellos reuniré y reordenaré los problemas planteados en las últimas páginas, y cerraré el capítulo reformulando el problema de la ganancia en la forma de beneficio sobre el interés del capital.

Supongamos ahora que dentro del concepto de la mercancía de un lado están los valores ya dados y sustentados por su materialidad, y del otro los valores añadidos, o *puestos* por los factores productivos. Estos son el trabajo en sí mismo que se agrega a los materiales, y mediante los materiales; y tentativamente el capital, en tanto que Smith es ambiguo con sus postulados y va en contra de su propia teoría del salario. El hecho de que los valores materiales dados se agoten en su clasificación dentro de cualquiera de los factores productivos es indiferente a su constitución como objetos, puesto que sus particularidades físicas en nada afectan a la cantidad de los factores empleados. Lo realmente relevante es puntualizar cómo los valores agregados son puestos por los factores, es decir, si son causa de nueva riqueza. Entiéndase además que la riqueza ya la hemos separado de la mera materialidad, y que ahora implica una gestión y distribución social de los bienes, con lo que un aumento en la riqueza ya no es únicamente un aumento bruto en la cantidad de bienes, sino una gestión cada vez más eficiente en su producción.

Por todo lo dicho, la pregunta que guía la investigación de aquí en adelante es: ¿hay o no una relación entre esta nueva concepción de la riqueza y el valor fundamentado en las partes meramente nominales de la mercancía (capital y beneficio)? Y en cualquiera de los dos casos, ¿en qué consiste? ¿Y en qué papel queda el trabajo?

Recordemos que la definición general del valor de Smith está relacionada al esfuerzo, concepto que no delimita claramente, y ante el cual él mismo admite sus limitaciones. Al respecto menciona:

Habrá que tener en cuenta también los diversos grados de esfuerzo soportado y destreza desplegada. Puede que haya más trabajo en una hora de dura labor que en dos de una tarea sencilla; o en una hora de un oficio cuyo aprendizaje costó diez años que en un mes de un trabajo común y corriente. Pero no es fácil encontrar una medida precisa ni de la fatiga ni de la destreza.³³

Es notorio que los ejemplos empleados denotan todavía una noción del trabajo como cantidad simple que agrega a los insumos ya dados una materialidad extra, el trabajo así considerado tiene un carácter transitivo, ya que la fatiga es el desgaste de un sistema en favor de otro. Incluso en el caso del trabajo simple contra el trabajo complejo, donde este último puede ser pensado como una acumulación de conocimientos, en última instancia el trabajo sigue siendo una fatiga o desgaste acumulados del trabajador, con lo que el trabajo continúa afianzado a la materialidad.

Mas esta perspectiva puede ser invertida cuando se desliga del trabajo la noción material de riqueza. Cobra mucho más sentido la distinción entre trabajo simple y complejo si se considera que la riqueza en realidad es un aumento en la eficiencia de la producción. Pero esto niega definitivamente la teoría del salario. Aquí tanto trabajo como capital pueden conllevar una mejora en la eficiencia productiva.

La riqueza no es ya sinónimo del conjunto total de bienes, sino de su organización. El valor es por su parte la imagen de esos bienes, y la mediación que permite organizarlos, pero que no los

33 *Ibíd.*, p.66.

organiza por sí mismo. Sabemos que su condición *sine qua non* es la propiedad, pero falta definir la causa inmediata de su organización, y que ahora sabemos que puede ser tanto el trabajo como el capital. Ser causa de la organización de la riqueza mediante el precio es lo que en adelante entenderemos como ser la fuente del valor, apartándonos de la teoría del salario de Smith. Así que, ¿en qué sentido el trabajo es fuente de valor y en qué otro lo sería el capital? Lo que podemos retomar de Smith es la distinción entre valores de uso y valores de cambio. Ambos valores son en todo caso imágenes con diferentes términos, pero que refieren a los mismos objetos, pues la primera alude a la utilidad del objeto, y la segunda a su potencial de venta. Con lo dicho, el problema de la generación no se resuelve, sólo se replantea bajo la noción de riqueza como mejora de la producción, y ahora no sólo está en duda si el beneficio es productivo, sino más aún, si el trabajo lo es.

Para este punto, el concepto de mercancía ya se ha poblado y rodeado de muchos otros términos. Empezando con los factores como términos constitutivos de la mercancía/objeto, y continuando con los ingresos como términos del precio de la mercancía. Según estas constituciones asignamos a la mercancía un valor de uso y uno de cambio respectivamente, pero al sintetizar ambas partes como *valores* se confunden los factores y los ingresos como fenómenos emparentados. Se podría afirmar que Smith va construyendo poco a poco un concepto *general* de la mercancía, y ha dejado de lado al concepto de una mercancía *específica*. Este último corresponde a su constitución física y es el que he manejado hasta el momento en la lectura de la Lógica. Smith piensa con la constitución tripartita de la mercancía en un concepto de mercancía que es independiente de su referente material. La mercancía es una entidad lógica y económica compuesta de otros conceptos subordinados y términos: Su precio, sus factores productivos, su fundamento de valor.

Puesto que el tratamiento de la mercancía expuesto hasta aquí es ya insuficiente, es necesario profundizar en él y explicar cómo caracteriza Hegel a los términos, y cómo se relacionan estos con la destinación del concepto.

Hegel explica que los términos³⁴ tienen tres dimensiones. En primer lugar son las nominaciones que integran el concepto. Se puede nombrar tanto a las partes materiales de la cosa, como a lo otro. En ambos casos, el término actúa como lo heterónimo, es decir, que constituye al concepto representando de manera nominal a las partes dentro del concepto. Las cosas ya son existentes con independencia unas de otras, pero en caso de nombrar lo otro en el concepto de un primero, también hace patente su presencia, o al menos, la necesidad de su existencia para la cosa, esto es, la necesidad de la relación entre lo existente y lo otro. Para ejemplificar basta recordar el caso del color que se desarrolló páginas atrás. En el concepto del color la luz es nombrada como término necesario para que el fenómeno emerja, y no obstante, la luz no es por sí misma la totalidad del fenómeno cromático, por ende, color y luz son conceptos distintos, pero términos uno del otro. Así el término es nominación, es señalar que lo otro cae dentro del concepto de la cosa. En segundo lugar, tenemos el término como componente del concepto. Al mismo tiempo que se nombran los términos del concepto también se establece cuáles forman parte de él, y cuáles no. El mismo acto de nombrar sus partes *constituye* al concepto. En último lugar, el término funciona como límite, pues una vez constituido se puede distinguir lo que cae dentro del concepto, y lo que es ajeno a él. El término señala a lo otro, y así, los relaciona; pero simultáneamente distingue a la cosa con respecto a lo otro, y de esta manera delimita al concepto.

Después de que los términos han constituido al concepto, estos hacen patente las relaciones más fuertes, e incluso necesarias, entre las cosas. A esta relación necesaria ya dada entre lo existente es a lo que llamamos destinación, o determinación. Ahora, ¿qué nos puede revelar esto sobre el *concepto general de la mercancía*?

El concepto general de la mercancía se constituye en primera instancia de los términos trabajo, capital y renta; que como agregados de valor, o como lo puesto en el concepto le vienen de lo otro, esto es, que son externos a la materialidad del objeto al que refiere la mercancía. Estos términos no son en

34 Ver, Hegel, “b) Determinación (destinación), constitución y término” en *Lógica*, Libro I, Capítulo Segundo, B.

ningún caso componentes materiales, pues de lo contrario, no podrían constituir al concepto que es una entidad lógica. A pesar de ello, los factores productivos constituyen un concepto cuyos términos pertenecen a categorías distintas a aquellos que conforman el concepto específico de la mercancía. Mientras los factores productivos no hacen referencia a ninguna cosa material, sino a nociones abstractas, o bien otros conceptos; los términos específicos de cada mercancía sí lo hacen. Para ilustrar esta diferencia veamos que términos específicos como pueden ser el blanco del papel o la humedad del agua, se aplican a un grupo muy reducido de otras mercancías. No obstante, el trabajo ha sido descrito por Smith como término común de toda mercancía, y posteriormente lo mismo con el capital y la renta, por tanto, no nominan a cosas reales o sus propiedades, sino que hacen referencia a su vez a conceptos. El trabajo es pues una forma de nominar una idea general de esfuerzo, y el capital junto con la renta, nominaciones de la idea de propiedad.

Los factores productivos pueden entenderse de dos maneras, y aquí se encuentra el último problema en el pensamiento de Smith que pretendo analizar. De un lado, los factores son categorías generales en las que se clasifican los componentes de la mercancía, pero no hacen referencia directa a la especificidad de esos componentes; y al mismo tiempo, Smith las nombra “partes” de la mercancía. Esta caracterización genera ambigüedades. Sin distinguir entre los dos tipos de conceptos de la mercancía, ni en las clases de términos que los componen, es difícil saber cuándo los factores son tratados como partes que se agregan a la mercancía en el mismo sentido en que otros términos específicos lo hacen. Esto es, si los factores se agregan como cantidades materiales nuevas, y por ello agregan valor positivo; o bien, si se agregan a la mercancía como meras nominaciones que redistribuyen las cantidades ya existentes de lo material. Siguiendo la exposición que he trazado hasta aquí, donde los factores son sólo clasificaciones nominales, entonces el pensamiento de Smith no logra resolver el problema primordial del plusvalor, pues no hay en ningún nuevo valor positivo en la mercancía que los factores puedan aportar. El trabajo, tanto como el capital, serían categorías sin un

referente concreto, sólo clasificaciones de inventario. No obstante, si se toma a los factores como agregados materiales, entonces Smith habría dado marcha atrás hacia las posiciones de los fisiócratas. Sin contar que en ambos casos también se mantiene abierto el problema de la cuantificación y las proporciones de valor asignadas a cada factor, pues en el proceso de producción la materia es indistinguible entre aquella asociada al trabajo de aquella ligada al capital.

Marx critica estas ambigüedades en Smith con el siguiente razonamiento:

[...]. Sería correcto decir que la magnitud del valor de una mercancía determinada independientemente del salario y el beneficio, o de su precio natural, puede ser resuelta en cuatro chelines para los salarios (el precio del trabajo) y un chelín para el beneficio (el precio del beneficio). Pero sería errado decir que el valor de la mercancía proviene de juntar o combinar el precio de los salarios y el precio de los beneficios el cual está regulado independientemente del valor de la mercancía. [...].

Cuando Adam Smith examina la “tasa natural” de salarios, o la del “precio natural” de salarios, ¿qué guía su investigación? El precio natural de los medios de subsistencia requeridos para la reproducción del trabajo. Pero, ¿por medio de qué determina el precio natural de estos medios de subsistencia? Al determinarlos en su conjunto, vuelve a la correcta determinación del valor, a saber, el tiempo de trabajo requerido para la producción de estos medios de subsistencia. Pero cuando abandona esta línea, cae en un círculo vicioso. ¿Por medio de qué es el precio natural de los medios de producción determinado, [...]? Por el precio natural de los “salarios”, de los “beneficios”, de las “rentas”, [...]. Y así *in infinitum*.³⁵

Lo que Marx ha notado aquí es que los ingresos y factores productivos no son lo mismo. Y que sólo se pueden deducir los ingresos desde los factores, pero no al revés. Opta por una deducción real. La intuición más simple nos llevaría a asumir que hay una relación causal entre trabajo y salario, capital y beneficio, propiedad y renta, pero esta relación es más que una correlación simple y unívoca entre los términos seleccionados para categorizar y analizar los conceptos de la mercancía. Hay un

35 Marx, *Op. Cit.*, p. 96.

callejón sin salida en ambas definiciones de los factores, ya como partes, ya como categorías. Un valor dado puede ser pensado en partes, pero las partes en abstracto no pueden producir valores. Insistir en ello sería tratar de maquillar como fuente del valor a un mero truco contable. Esta confusión es un ejemplo de la distinción entre lo material y lo nominal que se enreda aún más conforme se continúa sobre la misma línea.

Marx apunta que Smith vuelve a su fundamento para retomar la validez de sus deducciones, esto es, que hay una *magnitud* de trabajo que es el *contenido* de valor de toda mercancía. Tal magnitud de valor es a su vez una base de la riqueza, un valor primordial sobre el cual se remontan y sobre el cual se edifican los conceptos de mercancía, ya sea como valor de uso o de cambio. Por el lado del valor de uso se reitera la confusión de lo material y lo nominal, pues se entiende este contenido de valor como un agregado en sentido material, porque el valor que se ha añadido durante la producción se conserva en la mercancía durante y a pesar del intercambio y la distribución. En cuanto al valor de cambio, el resultado no se aleja del ya descrito. Aquí las confusiones se exacerban, y esto se debe a que la concepción que entiende el valor como un contenido material no parecería ser excluyente de aquella que ve al valor como una comparación entre mercancías. Sin embargo, Marx considera que al emplear el valor de cambio como auténtico sentido del valor Smith abandona la magnitud de trabajo como fundamento de su pensamiento, y pierde con ello toda pauta para continuar el correcto desarrollo de sus ideas. En lugar enfocarse en otorgar a la magnitud de valor un referente sólido, y no sólo postularlo como concepto fundamental, sustituye al trabajo por los conceptos de mercancía y hace de ellos el verdadero contenido de valor de su pensamiento. Por lo tanto, la fuente del valor es el valor de uso siguiendo la teoría del salario, o bien, saliendo de ella, el fundamento del valor es el valor de cambio. Ambas opciones son circulares e impiden a Smith pensar directamente el trabajo.

Este círculo de la causalidad ocurre al introducir el capital como mediación del trabajo. Es decir, al redefinir el salario como salario mínimo. En el intercambio de trabajo por salario, pero también en la

compra de insumos, el capital se integra al proceso de producción, no en sentido material, sino meramente como un término que categoriza a todos los materiales. La distribución es puesta como anterior a la producción, no obstante, sólo organiza el proceso de conservación de valor de los bienes. Finalmente, el valor no se deriva de una fuente primaria en la producción hasta su distribución, sino que inicia en la distribución y concluye en ella misma.

Marx ahonda en las confusiones entre lo nominal y lo real en el pensamiento de Smith, pero para este trabajo son importantes sólo aquellas encontradas en estos puntos clave de su construcción del concepto de mercancía que finaliza en la determinación del precio natural, a saber, la falsa causalidad entre factores productivos e ingresos que rige la concatenación entre el proceso de reproducción de valores de uso y la reproducción de los valores de cambio.

Las confusiones entre lo material y lo nominal no son triviales. Plantean el problema esencial del plusvalor. ¿Cómo pueden ser el trabajo y el capital en conjunto productivos? ¿Pensar la riqueza como eficiencia de productividad no implica en última instancia seguir entendiendo la generación de riqueza como generación de bienes materiales aunque mejor organizados? Si es así, retornaremos al mismo paraje sin retorno. Por ende, la productividad misma también ha de ser separada de nociones materiales. El problema general del plusvalor, o en palabras de Steuart, de la ganancia positiva, es primordialmente causado por una noción material, noción a la que podríamos llamar *creacionista*, pues implica que toda producción crea desde bienes ya dados, una nueva cantidad de bienes. Rechazar esta idea que está a la base del planteamiento mismo del plusvalor es la única vía para escapar de las confusiones tratadas.

Si las dificultades que engendra este creacionismo productivo sólo pueden ser superadas rechazándolo de raíz, todos los esfuerzos de solventarlas dentro de su propio marco eran fútiles. Smith intentó conciliar el concepto de la mercancía como algo meramente nominal con un contenido de valor en sentido material y falló, dado que su empresa exigía encontrar un punto de conexión entre ámbitos

incompatibles. Mas los frutos de dicho esfuerzo son toda una colección de conceptos que nutrieron el pensamiento económico, de los cuales nos falta tratar por su importancia para este escrito la tasa natural, el precio natural y el precio de mercado.

Pasemos pues a revisar las definiciones. Smith escribe de manera preliminar que:

En toda sociedad o población existe una tasa corriente o media tanto de salarios como de beneficios en todos los diferentes empleos del trabajo y del capital. Esta tasa está anualmente determinada, [...], en parte por las condiciones generales de la sociedad, su riqueza o pobreza, su situación de progreso, estancamiento o decadencia; y en parte por la naturaleza particular de cada uno de esos empleos.

[...]

Estas tasas corrientes o medias pueden ser denominadas tasas naturales de salario, beneficio y renta, en el momento y lugar en donde habitualmente prevalezcan.³⁶

Inmediatamente arroja la definición del precio natural:

Cuando el precio de una mercancía no es ni mayor ni menor de lo que es suficiente para pagar las tasas naturales de la renta de la tierra, el salario del trabajo y el beneficio del capital destinados a conseguirla, prepararla y traerla al mercado, entonces la mercancía se vende por lo que puede llamarse su precio natural.³⁷

En cuanto al precio de mercado anota:

El precio efectivo al que se vende habitualmente una mercancía se llama precio de mercado. Puede estar por encima o por debajo, o ser exactamente igual al precio natural.

El precio de mercado de cada mercancía concreta está determinado por la proporción entre la cantidad que de hecho se trae al mercado y la demanda de los que están dispuestos a pagar el precio natural de la mercancía, o el valor total de la renta, el trabajo y el beneficio que deben pagarse para llevarla al mercado.³⁸

36 Smith, *Op. Cit.*, I, 7, pp. 96-97.

37 *Ídem.*

38 *Ídem.*

Pasemos a releer estas citas. Al comienzo encontramos que Smith postula la existencia de una tasa corriente de salarios y beneficios para cada especie de mercancías. Puesto que una de las consecuencias indeseadas de su pensamiento es determinar los factores de producción desde los ingresos, Smith recurre a las tasas de salarios y beneficios como el medio para efectuar tal determinación desde una ruta alternativa, esperando con ello que la determinación nominal esté mejor argumentada. Las tasas corrientes integran al trabajo y al capital como cantidades a la mercancía, o lo que es igual, como sus términos. Continúa diciendo que la tasa corriente está determinada por dos tipos de condiciones. Las primeras a las que llama condiciones generales de la sociedad son su nivel de riqueza y la tendencia que sigue esta riqueza social. La segunda es la productividad corriente de cada trabajo en específico. Con estas dos condiciones Smith concatena un pensamiento circular. Anteriormente concluimos que la noción de riqueza pasó de ser mera acumulación de bienes a un incremento en la productividad. Aquí Smith sólo reagrupa estas ideas en un mismo concepto. Notemos que ambas condiciones siguen esencialmente la misma dinámica. Las condiciones generales de la riqueza social es una cadena de fenómenos que va describiendo ciclos. La productividad corriente de los trabajos específicos también es una cadena de causas y efectos que describen cada uno de esos fenómenos como pequeños sistemas que se pueden interconectar.

Ahondando más en estas condiciones apuntemos en primer lugar que al colocar la riqueza como condición para determinar las tasas corrientes de ingresos, invierte la lógica que siguió antes, cuando hizo de los ingresos el referente desde el que se organizan los bienes como riqueza. Esto, antes que llevarnos a una contradicción, puesto que estamos tratando con relaciones causales, nos lleva a un círculo. Recordemos que las nociones de riqueza y de valor de Smith carecen de un fundamento, pues aquél que postuló, la cualidad trascendente del trabajo, en el trascurso de su tratado lo ha abandonado. Gracias a este círculo Smith evade esta fundamentación, pues la riqueza se remonta en el valor y viceversa.

Tendremos que aclarar que para Smith la riqueza es una condición de la sociedad sólo cuando consideramos su distribución entre distintas clases, empero, si la riqueza está justa o injustamente distribuida es indistinto, con lo cual el acaparamiento y consecuente enriquecimiento de pequeños grupos queda fuera de estas consideraciones. A pesar de ello, hace mayor hincapié en el papel de los trabajadores, siguiendo la línea de su teoría del salario. Esto es notorio cuando en la descripción que da sobre las tendencias de la sociedad, a saber, el progreso, el estancamiento y la decadencia, todas son relaciones entre los recursos que disponen los trabajadores y la productividad de su trabajo. El beneficio aquí también es una consecuencia tangencial derivada de esta relación recursos-productividad aunque el capital esté presente. Esta relación entre los recursos de los trabajadores y su productividad no es más que la reformulación del concepto de mercancía aplicado a la generalidad de la sociedad. Al replicar lo que pasa en la mercancía individual en la producción total de la sociedad Smith puede tratar a la esfera de la producción como una gran cadena causal. Pero, además, al ir más allá de la mercancía individual, puede sustentarse en conceptos más amplios de riqueza y valor, como lo son las tasas corrientes, y así postergar su fundamento al final de estas cadenas que se reproducen infinitamente. Smith simplemente recorre el camino de vuelta desde esta generalidad de la producción social hacia la mercancía individual, pero trayendo consigo este nuevo concepto de tasa corriente. Al margen de esto, añade al análisis de la mercancía individual los límites materiales de la productividad propios de cada oficio, y por último las limitaciones legales y culturales que cada sociedad otorga a éstos.

En resumen, la manera en la que Smith trata de fundamentar el valor de la mercancía individual que no pudo hallar en el trabajo de la que es directamente producto es argumentando de manera inductiva. Mediante el precio de otra mercancía se puede colegir la magnitud de trabajo de la primera, y para encontrar la magnitud de la segunda se puede recurrir a una tercera, y así indefinidamente, con lo que al final se genera un precio medio de las mercancías, su tasa corriente, y se da un salto de lo

individual a lo general. Así, apoyando el valor individual en el valor general, el precio sigue fundamentado en el trabajo, pero en el trabajo social promedio.

Con esta definición, los argumentos de Smith, más que basados en la causalidad, lo están sobre la regularidad. Dado que cada sociedad tiene un potencial productivo regular, entonces, genera unos ingresos regulares correspondientes. Este razonamiento se sustenta en última instancia en la teoría del salario donde a todo esfuerzo productivo corresponde como recompensa un ingreso. Pero dado que tal esfuerzo productivo es de carácter social, con mayor razón no puede determinarse directamente, sino mediante abstracciones, luego, tampoco se puede fundamentar el ingreso en el trabajo real. Con esta falla se reitera la idealización del trabajo, y se ahonda en la construcción nominal y circular de las tasas corrientes de salarios y beneficios como lo hace en cada mercancía.

Marx apunta a la falta lógica en la que Smith incurre cuando trata de inferir lo que pasa en la mercancía individual desde la producción social. Smith no puede determinar el potencial productivo de una sociedad directamente, pues está compuesto por múltiples factores, en ocasiones muy vagos en su definición, en otra muy extensos para su registro, o bien, muy volátiles. Opta por reducir toda esta multiplicidad en indicadores generales, las tasas corrientes, pero con ello ya da por sentado lo que se debe demostrar. Asume la correspondencia entre ingresos y su justo contenido de valor. En breve, que estas cadenas causales siguen sin fundamento. Tal fundamento es lo que Marx llama la “magnitud de valor dada de una mercancía”³⁹, y sería el criterio de objetividad que el pensamiento de Smith exige para sí y no logra establecer. Ya en la mercancía individual, ya en las tasas corrientes, el valor se muestra exclusivamente en la forma de precios. En ambos casos el valor es nominal, y si bien no podemos afirmar con ello que está fundamentado en lo subjetivo, sí podemos decir de él que carece de criterios objetivos y que es relativo.

39 Marx, *Op. Cit.*, p. 97.

Por lo dicho, una vez que Smith tiene un método para determinar las tasas corrientes sólo necesita derivar de ellas los precios, pero en ese punto se le hace patente la falla mencionada, y es que las tasas corrientes, como ya hemos explicado, están determinadas por los ingresos. Puesto que las tasas sólo son un promedio de esa multiplicidad de ingresos, y a su vez los ingresos se determinan por el precio de los factores productivos, que finalmente han de provenir de las tasas corrientes, Smith se percata de su círculo. La argumentación de Smith queda atrapada en un círculo de términos relacionados entre sí, y más aún, de precios derivados de precios, con lo cual el contenido de valor es sólo un fundamento teórico cada vez más irrelevante.

El contenido de valor queda totalmente fuera de la argumentación cuando en su último desarrollo Smith trata de determinar el precio natural de manera negativa. Mediante el precio de mercado define el precio natural como el punto donde oferta y demanda se contrarrestan⁴⁰, quedando así el precio depurado de tales modificaciones. A pesar de que esta salida es deficiente, pues no determina de manera positiva el precio natural, ni con ello la magnitud de contenido de valor, sí da cuenta de hacia dónde se dirige el pensamiento de Smith. Muestra que la asignación de precios es un bucle infinito, o cadena causal que no tiene principio ni fin, y que incluso es innecesario fijar ese eslabón último en el contenido de valor cuando se puede redefinir el valor desde otro punto totalmente ajeno, desde el precio de mercado. La cadena causal se muerde la cola como la serpiente Uróboros, y crea con ello una dimensión conceptual enajenada de su referente material.

El páramo en el que desemboca Smith es fielmente análogo a la dialéctica de lo *finito* y lo *infinito* que desarrolla Hegel. Por ahora hemos visto que a la mercancía corresponden dos conceptos de ella, uno general y otro específico. Vimos también que ambos tipos de concepto se constituyen merced de un conjunto de términos que le permiten relacionarse con lo otro al mismo tiempo que determinan sus

⁴⁰ Escribo *contrarrestan* y no *equilibran*, porque Smith no propone una teoría del equilibrio como harán economistas posteriores. Al contrario, él no piensa en oferta y demanda como términos positivos que constituyen al precio, sino como distorsiones de éste que deben ser eliminadas para dejarlo aparecer.

límites con relación a éste. Mas quedó sólo sugerida la *destinación* que esta constitución del concepto se dona ineludiblemente al determinarse. De dicha destinación es que surge la dialéctica entre lo finito y lo infinito. Mediante la constitución del concepto, explica Hegel, no sólo surge un *dentro de sí*, sino un *en sí*⁴¹ y un *deber ser*⁴². El ser en sí de la cosa es la totalidad de su concepto, es decir, la cosa está compuesta por lo que está dentro de ella, y también por lo que le viene de fuera, por sus relaciones con lo otro. Esta relación con lo otro ya ha sido sugerida, de ella sabemos que está dada como lo puesto, por lo que se compone de términos. Sabemos también que es una relación causal y regular, que el concepto está bien definido cuando los términos que los constituyen corresponden a los procesos y regularidades físicas que determinan a la cosa, pues el *en sí* contiene tanto la parte material de la cosa, su concepto y los términos puestos de lo otro. Pero entonces podemos entender la relación con lo otro de dos maneras distintas. En la primera, lo otro es aquella cosa delimitada por su propio concepto, que tiene a lo uno como lo puesto en ella. En este sentido, lo otro es semejante al uno, pues forma parte de la misma dialéctica de la constitución del concepto. Ambos son cosas. En este caso lo uno y lo otro se enfrentan como conceptos, pero tales conceptos refieren a materias, y queda la pregunta para este segundo caso, ¿cómo es que lo existente puede enfrentarse con lo otro existente si prescindiendo del concepto sólo tiene como relación la identidad consigo? No es viable ir de vuelta hasta la cualidad y prescindir del lenguaje, pues esto nos deja como única opción profundizar en la materialidad pura e inefable, que como ya se dijo, llevó a Smith a un callejón sin salida.

Pero Hegel resalta que, al contrario, insistir en la constitución de sistemas conceptuales concatenados no elimina el problema, sino que de hecho lo enfatiza. No sólo porque el lenguaje mismo es quien delimita la cosa y le fija un dentro de sí, ni porque es quien le inscribe y subraya la presencia de aquella parte de la cosa inasible por el lenguaje, lo radicalmente material. No lo elimina porque esta parte que trasciende el lenguaje no puede ser fijada realmente por ningún medio. Lo existente siempre

41 Cfr. Hegel, *Lógica*, I, Capítulo Segundo, B, a, 2 y 3.

42 Cfr. Hegel, “β) El límite y el deber ser” en *Lógica*, I, Capítulo Segundo.

está en constante devenir, y esto implica que, aunque la cosa esté bien definida por su concepto, llegará un momento en que ya no lo esté, pues habrá devenido diferente sin que el lenguaje pueda dar cuenta de este cambio. Este es el origen del *deber ser*. Si el concepto *debe* actualizar sus términos para mantenerse fiel a la materialidad de la cosa, entonces, su relación con lo otro también ha de modificarse, rompiendo lazos con unas cosas y estableciéndolos con otras.

Lo material interacciona entre sí y deviene mutuamente. Esto implica que hay procesos de cambio que el lenguaje no puede aprehender inmediatamente, y se limita a seguir el paso a estos cambios. El lenguaje busca explicar lo antes posible los fenómenos, pero se le escapa el devenir. En otras palabras, el lenguaje señala los momentos en que la cosa pasa de estar constituida por ciertos términos y adquiere otros, pero el cambio de términos y el cambio real no son simultáneos. Siempre ocurre antes el cambio, y después se nombra el cambio. Esta explicación es lo que se encuentra a la base de todo argumento causal y, por ende, lo que da *razón* de todo proceso. A partir de esto podemos decir que la constitución del concepto es también su destinación porque al ser los procesos de lo material secuencias de fenómenos regulares que se repiten cíclicamente, entonces definir un concepto es delimitar a la cosa con respecto a otra, y saber de antemano que por sus tendencias a relacionarse ambas devendrán en nuevas cosas. Tal devenir no tiene un fin por lo que estas nuevas cosas volverán a devenir otras, y así continuamente de manera casi determinista.

La cosa ya definida por el concepto siempre tiene un *ser dentro de sí* que queda *más allá* del concepto, y que, como colegimos anteriormente, correspondería al trabajo en el marco de la teoría del salario. Puesto que este ser dentro de sí trascendente sigue un devenir que no puede ser aprehendido de manera precisa por el concepto o los términos, constantemente está deviniendo y alejándose de las determinaciones conceptuales, o en otras palabras, *sale* de su límite, obligando al concepto a modificarse. Esta es la caracterización que Hegel da al *deber ser* durante este momento de la Lógica. Además, dado que la cosa está determinada por sus relaciones con lo otro, al salir de sus límites sale

hacia lo otro. Finalmente, Hegel engloba esta dialéctica entre el ser en sí y el deber ser, entre la constitución y la destinación como dialéctica de la *finitud*, pues estas cadenas causales a pesar de que implican que la cosa deviene para ir más allá de su ser en sí, no sale realmente hacia la infinitud, sino que cae en un nuevo ser en sí, con determinaciones igualmente finitas que el anterior. La cosa está atrapada en el ciclo de la reproducción. Está atada a una cadena causal.

Los dos conceptos de la mercancía que hemos estudiado se remontan al trabajo como su fundamento, pero di mis razones por las que esta postura era abandonada por Smith para sustituirla por cadenas causales cíclicas que desplazarían su fundamentación hasta el infinito. Aun así, entre los tres factores, el trabajo es el más emparentado con el proceso de reproducción, pues no se encuentra al inicio de este, ni es su mera condición como el capital, sino que se integra a la mercancía como proceso. Así, podemos notar que para el concepto específico de la mercancía, el trabajo se encuentra entre sus términos, y todos en conjunto nos hablan de la composición física de la mercancía, lo que explica que la mercancía específica se defina como un valor de uso. Lo mismo con el concepto general donde los términos son sólo los tres factores productivos. Esto no significa que el trabajo sea un término común, sino que la polisemia de la mercancía también afecta al trabajo, y desde el trabajo en específico que ha formalizado un concepto abstracto del trabajo.

En este marco de proliferación de conceptos, Smith se propone responder a las críticas de sus contemporáneos y comenta que además de los tres factores productivos se le podría contraargumentar la falta de una cuarta parte constitutiva encomendada a “reemplazar el capital [...], o para compensar el desgaste y deterioro de [...] otros instrumentos de su labor”⁴³. Tal cuarta parte puede a su vez descomponerse en los tres factores productivos, con lo que insiste en el método que elaboró y va puliendo esta idea de proceso productivo cíclico, que ya no es sólo un sistema cerrado de conceptos referidos a otros conceptos, sino que es el correlato nominal del devenir de lo material. Desde su

43 Smith, *Op. Cit.*, I, 6, p. 90.

perspectiva, el capital es un proceso generador de riqueza y valor en tanto que en ambos lo nominal corre paralelamente a lo material en igualdad de condiciones ontológicas, esto es, pertenecen a la misma dimensión del ser, puesto que lo nominal tiene injerencia directa sobre lo material y viceversa. Siendo el capital algo real en el mismo sentido que el trabajo, entonces, también es fuente de valor, con la única diferencia de que el capital gestiona el devenir del proceso productivo. El capital es también la forma de la riqueza, pues a su vez es productivo en sí mismo, ya que también forma parte del proceso y es lo procesado, el capital también es lo real que deviene. Esta conclusión sin embargo es endeble, pues desde las definiciones que ha usado a lo largo de su tratado, y que hemos revisado aquí, el capital no tiene una materialidad distinta al trabajo, sino que es una forma de nombrar la propiedad sobre el trabajo. Smith hace de un concepto algo que puede devenir. Marx demuestra que esto no es así, y nosotros usando la explicación de la diferencia radical entre lo material y lo nominal recalcaremos esa postura cuando expongamos lo *infinito* según Hegel.

Con todo, si el trabajo pasa a fundamentar el valor por ser proceso, la forma en la que Smith emplea este factor productivo en el argumento anterior sigue poniendo en duda su identidad con el trabajo real, y por tanto, su vínculo con la materialidad. Que el reemplazo y restauración del desgaste implique una serie de otros trabajos, capitales y rentas, no ya en el acto productivo, sino supuestas como agregados pasados de la mercancía y dentro de otros tipos de procesos productivos cualitativamente distintos, nos hace ver que el trabajo como factor productivo es meramente una representación de lo otro dentro del concepto de la mercancía en cuestión. Y lo que es más importante aún, que esta incorporación de lo otro *pasado* en la mercancía pone en ella al proceso de producción como un término más, y a su concepto como una colección de términos en la forma de una cadena causal en sentido temporal y no sólo lógico. Se integra una dimensión temporal a la discusión, pues el proceso de trabajo, que es una cadena causal, sólo puede ser material en el eslabón presente, pero la totalidad de la cadena no es más que una representación conceptual. Y esto acarrea todas las paradojas

que implica pensar el trabajo no sólo como magnitud medida a partir del tiempo, sino como magnitud temporal. Para abordar esto resulta de utilidad acudir a Hegel, a su distinción entre el falso infinito y el infinito verdadero.

Que en el proceso de producción la mercancía deviene y sale fuera de su concepto es a lo que nombramos su salir más allá de su finitud. Pero ya que la mercancía pasa a un nuevo estado de finitud, en realidad no sale de lo finito, con lo que el proceso mismo, el devenir, es *lo finito*, pues dentro de él nunca se supera este estado. Hegel critica que la noción vulgar de infinitud sea la reiteración sin límite del proceso de reproducción de lo finito, por eso la llama *falso infinito*. Para la mercancía habría dos procesos, el devenir de su materialidad y la constante actualización de sus términos, ambos procesos son finitos, aunque se puedan extender indefinidamente. Dado que las regularidades de ambos procesos son presuntamente las mismas, tendría sentido afirmar que su expresión como aumento de la riqueza sea igual al aumento del valor. Pero esto sólo es válido para el valor de uso, pues los términos que se actualizan en el proceso de trabajo son los de la mercancía específica. Por lo tanto, el concepto de mercancía general ha de tener otro proceso de reproducción, cuya explicación no ha sido dada, pues el desarrollo del problema de la ganancia hasta el momento sólo ha sido abordado desde el lado del valor como proceso de trabajo. Mas sigue siendo problemática la presencia del trabajo como término del valor de cambio.

Para adentrarnos en aquel proceso alterno a la producción, partamos por el precio natural. Esto porque la diferencia entre el precio real y el natural reside en el ser en sí de la mercancía, pues mientras el precio real busca determinar el contenido de valor de un objeto puntual, el precio natural recurre a las tasas corrientes que son la expresión de las regularidades en los precios de mercado, y posteriormente de las clases de ingresos. El circunloquio que da Smith requiere de estas regularidades para determinar el precio natural desde el precio de mercado. Sin ellas, tal determinación sería completamente arbitraria. No obstante, como sabemos, aunque las regularidades puedan servir

perfectamente para sostener la asignación de precios de manera indefinida, también se puede postergar al infinito lo que las coloca en la misma situación de falso infinito en la que se estancó el proceso productivo. La diferencia es sólo su independencia respecto de este proceso, pues la determinación del precio natural le viene directamente del precio de mercado, aunque esté supuestamente basada en la producción.

Smith habla de tasas anuales de los ingresos, y asume que hay una equivalencia entre la magnitud de estos ingresos y la de los factores productivos, con lo que *de facto* determina el valor de la mercancía sin prestar atención a la causalidad. Infiere también que, si para todas las mercancías sólo existen tres factores productivos correspondientes a tres particiones de ingresos, entonces lo mismo será para su sumatoria en el ingreso anual de toda una región. Luego, puesto que esa región tiene unas tasas corrientes anuales de ingresos, desde estas se podría determinar la magnitud de valor de las mercancías producidas dentro de la región. La equivalencia es simple, el conjunto del valor de todas las mercancías producidas por una región en un año, es decir, su renta neta, ha de ser igual al total de los factores de producción empleados en ese lugar en el mismo lapso de tiempo, y por ende, igual al total de los ingresos percibidos.

Pero del lado contrario, como resalta Marx, existe una renta neta, que es el ingreso percibido por los habitantes de la región menos los gastos empleados en “reemplazo, desgaste y deterioro” del capital. Smith ya había respondido a esta crítica para sus contemporáneos, pero cuando Marx la reformula posteriormente observa que el contraargumento de Smith se sigue para los casos singulares, pero no para el todo. Esto se debe a que ese remplazo de un punto de la cadena puede ser tomado de otro punto, pero viendo el total de la cadena, para que el remplazo sea positivo se requería tomar desde fuera de la cadena, es decir, tomarlo desde fuera del sistema económico de esa sociedad, como hacían los mercantilistas.

Smith toma el caso singular y sostiene que ese gasto en reemplazo de capital (el capital fijo) no representa un ingreso para aquel que realiza el gasto, sino para aquel de quien adquiere los bienes. Así, aunque una parte del valor que integra en el proceso de producción en forma de factor productivo, y en particular de capital, no le representa un ingreso a él, sí lo hace para sus acreedores. Y de la misma manera pasa con sus deudores, que no perciben ingresos de sus gastos puesto que los donan a él. Por lo tanto, aunque el balance entre valores cedidos a acreedores y valores recibidos de deudores no se compense en sus propias finanzas, desde la perspectiva del ingreso bruto de la región, se compensará en las finanzas de otro individuo, es decir, que lo que es gasto para uno es ingreso para otros, y viceversa a lo largo de toda la cadena de suministros. Y esto se garantiza porque al considerar la economía de toda una región como un sistema finito, la cadena no se puede extender indefinidamente, sino que vuelve sobre sí misma en algún punto. Este sistema falla fácilmente, y Marx nota que este gasto, aunque sea visto como capital, y por ende, como un bien que puede cambiarse, no siempre es líquido. La consecuencia de esto es que este capital tiene pocas posibilidades de ser vendido, pues poca demanda habrá de herramientas e insumos entre aquellos que no se dediquen a las mismas actividades productivas. E incluso, aunque estos intercambios tengan lugar, no se realizarán en todos los casos, con lo que siempre habrá remanentes. Por ende, este gasto en capital fijo, aún dentro de una cadena de intercambio, no podrá ser nunca proporcional a los ingresos. Año tras año habrá un parte de los factores productivos que no se vea reflejado en ingresos, incluso a nivel de la región. No hay equivalencia entre factores e ingresos, y una cierta cantidad de valor queda fuera de tal sistema finito. Así, no sólo el sistema no crea ganancias positivas, sino que siempre genera pérdidas.

Pero, ¿qué tipo de valor es este que no puede ser integrado al sistema? Son tanto valores de uso como valores de cambio, sólo que el desajuste implica consecuencias distintas para cada uno. Smith busca demostrar que en un balance global, los ingresos de una economía serán iguales a los factores que se mueven dentro de ella, aunque en las cuentas de una persona esta paridad no se cumpla. Pero

Marx nota que si un valor de uso es gastado es un factor productivo que sale de dicha economía, y por ello, los ingresos se reducirán. Incluso si consideramos que el proceso productivo presuntamente ingresa nuevos factores, esto no significa que sean equivalentes a los gastados, con lo que siempre habrá una parte del proceso productivo que no es aprehendido por los registros de ingresos, y finalmente, hay una disparidad entre el proceso productivo y la gestión de los ingresos que es análoga a aquella entre materialidad y concepto. Lo que es comprensible pues la forma en la que llega Smith a estas formulaciones es generalizando la estructura del concepto de mercancía al funcionamiento de toda una economía.

Regresamos al punto de inicio. La ganancia en la forma de ingresos intenta explicar que haya ganancias para unos y pérdidas para otros, al tiempo que no hay pérdidas ni ganancias en el balance global de la economía. Esto explicaría al plusvalor como un fenómeno positivo desde una perspectiva individual, y como fenómeno relativo desde la general. Pero Marx demuestra que no es así, que en todos los casos la ganancia es relativa, pues la ganancia es únicamente el resultado de la imposibilidad de la distribución de ingresos para suscribirse fielmente al proceso de producción de lo material. Después, si existe alguna ganancia positiva no es en la *forma de la ganancia como ingresos* planteada por Smith, sino en todo caso, y todavía dentro de los parámetros que marca su pensamiento, sólo queda la ruta de la ganancia en la forma de interés sobre el capital.

Para nosotros el estudio de Smith ha sido útil para abrir la posibilidad de replantear líneas de pensamiento desde los laberintos donde las nociones de valor se enredaron. Pero tendré que dejar su estudio hasta aquí. Ahora pasaré a ensayar esta última ruta con Marx.

Capítulo 3

Karl Marx

Fundamentación trascendente del Valor

Anteriormente exploramos cómo Smith y sus antecesores trataron de explicar el origen de la ganancia como un fenómeno positivo, mas estos intentos se vieron frustrados en un punto clave: la frontera entre lo material y lo ideal se les mostró infranqueable. Y ahí donde se esperaba poder justificar un fenómeno nominal en lo material los resultados fueron meros galimatías. Con Smith en particular vimos la necesidad de utilizar una variedad de conceptos auxiliares para tratar de dar coherencia a fenómenos aparentemente simples. Y, sobre todo, notamos el emerger de la polisemia justo en aquellos conceptos que buscaban aprehender el límite de lo material y lo nominal, dejando siempre ideas análogas de cada lado, pero que en último término no podían identificarse, ni incluso comunicarse.

Me permitiré entonces, retomar mi interpretación desde la *Lógica* para introducir el paso del pensamiento de Smith, al de Marx. Hegel llamó el *traspaso* de lo finito a lo infinito a aquella aparentemente paradójica forma del ser donde dos opuestos radicalmente distintos son uno solo. Lo finito y lo infinito son parte de la misma forma de ser, pero nunca hay un punto de contacto entre ellos. Lo finito está, y sólo puede estar, *en* lo infinito, y viceversa, y aun así jamás se imbrican. Por ende, no hay relaciones causales de uno hacia el otro.

Además, explica y advierte la aparición de dos nociones de lo infinito.⁴⁴ La primera, a la que llama falso infinito, está definida sólo de manera negativa, que como detallamos antes, es una cadena procesal determinada por regularidades físicas. El segundo, el infinito verdadero tiene una existencia

44 Ver, Hegel, *Lógica*, Segundo capítulo, C. La infinitud.

positiva, como un proceso independiente y notablemente distinto de aquellos definidos por las regularidades de lo finito. Ejemplos de este infinito verdadero son el mismo tiempo, el espacio, el yo. De estos casos Hegel resalta que son infinitos verdaderos porque se producen a sí mismos sin la necesidad de ir *fuera de sí*, o en otras palabras, sin que tal proceso de producción autónoma implique que ellos dejen por un momento de ser lo que ya son. Luego, el tiempo, el espacio y el yo son infinitos, pero no a causa de sucesos desencadenantes de su desarrollo⁴⁵.

Por contra, los procesos causales gracias a los cuales se genera la realidad física y natural que percibimos pertenecen a lo finito incluso aunque el proceso se pueda reproducir indefinidamente. Por el contrario, tiempo y espacio son infinitos verdaderos porque se producen a sí mediante otro proceso, uno que es ajeno a la mutación de los términos de sus conceptos. Si los procesos finitos aparentan infinitud es porque se *extienden sobre* el tiempo y el espacio, pero tiempo y espacio son las formas fundamentales de la extensión, y por ello carecen de límites. El momento presente engendra el momento siguiente sin necesidad de que otro ser intervenga en esta generación.

En conclusión, la productividad de lo finito es relativa, pues la naturaleza no genera nuevas materias *ex nihilo*, sino que el trabajo modifica lo ya existente. Y esta es también la crítica de Marx al uso de tasas corrientes por parte de Smith. Aquella cosa que tiene una forma, al pasar a otra, sigue siendo igualmente finita, y por ello, las leyes de conservación y equivalencia le son aplicables. Lo que ha sido, no será más ni menos de que lo que ya es, sino su equivalente. No así el tiempo que es inaprehensible en su devenir, pues el momento presente siempre es diferente a sí, sin dejar de ser él mismo. Es siempre más de lo que ya es. *Este momento ya ha dejado de ser*. Pero, sobre todo, el tiempo trasciende su concepto, y en general, al lenguaje, que no lo puede aprehender.

En cuanto al espacio, para facilitar la comprensión, Hegel recurre a la analogía con la recta. Explica que en una misma recta coexisten tanto lo continuo como lo discreto. A partir de los puntos en la recta

45 Por ahora dejemos de lado al yo como un caso sujeto a las discusiones científicas actuales.

se pueden establecer segmentos, y hacer de la recta algo finito. Empero, la línea sigue su extensión hacia el infinito en ambos sentidos, con lo que sabemos que dos partes de la recta no han sido discretizadas pues siempre queda un *más allá* de los límites del segmento. El segmento conceptualiza la recta, y usa los puntos como términos que la constituyen, no obstante, una parte de la recta siempre está fuera del concepto, aquella parte que tiende al infinito. La línea que ha sido conceptualizada siempre puede extenderse *sobre* el infinito, y entonces se desprenden dos resultados contradictorios, pero perfectamente coherentes: una antinomia. El primero, que siempre hay una parte de la recta que está más allá de todo segmento, esto es la inequidad entre la cosa y su concepto que ya conocemos. Segundo, que los segmentos se pueden extender infinitamente sobre la recta, con lo que para toda recta siempre habrá una segmentación de la recta, luego, al ser coextensibles, la cosa y su concepto son iguales. Hegel responde a esta antinomia con el *traspaso de lo finito y lo infinito*, que aplicado a este caso implica que ambas partes devienen finitas e infinitas, pues el único término que las puede determinar es su opuesto. Mas el hecho de tener al contrario como término no conlleva que entre finito e infinitos se tiendan puentes. Ontológicamente siguen inconexos, su existencia es independiente de su opuesto. Ninguno antecede ni es la causa del otro. Lo infinito verdadero será siempre unitario, indeterminado e indiviso, pero también es *virtualmente* discretizable. Lo finito a su vez es siempre discreto, múltiple y determinado *en sí*, pero es *potencialmente* extensible al infinito. Ambos devienen duales, pero inalterados.

Con todo, el espacio es un infinito verdadero porque no tiene un límite real. Al igual que el tiempo, donde más allá de todo momento hay un después, y más allá de todo punto en el espacio hay un espacio contiguo. Tiempo y espacios trascienden lo finito, pues lo que determina lo finito en el pensamiento de Hegel es el lenguaje. Aunque en otro momento esto tenga implicaciones metafísicas, tanto para Hegel como para los autores tratados, nosotros, desde una lectura distinta nos limitaremos a entender trascendencia como ir más allá del lenguaje. Estos ejemplos trascienden el lenguaje, y por ello la

consciencia o el yo son un tercer caso que omitiré pues no queda claro si realmente cumple con esta característica.

Si el tiempo y el espacio son auténticamente infinitos, además se generan desde sí de manera positiva. Todo momento presente engendra su consecuente inmediato, y algo semejante habría de pasar con el espacio. Este es un proceso de generación positiva que no tiene la misma estructura de la causalidad que sí tenía lo finito. Es un proceso radicalmente diferente, y además produce una existencia igualmente distinta. Hegel nos dice que, si bien estos trascendentes son la condición de existencia de los fenómenos físicos, de ninguna manera se podría afirmar que tienen una existencia del mismo tipo que ellos, y por otro lado tampoco se puede negar su existencia, con lo que es necesario admitir una segunda forma en la que se da la existencia. Llama a estos trascendentes *lo uno* pues no tienen límites, y toda discretización de ellos es una nominación meramente superficial, que no los modifica directamente.

Lo que hemos visto en el capítulo anterior es que la mercancía también acarrea consigo esta contradicción, a saber, que el contenido de valor es igual y desigual a su concepto simultáneamente. La búsqueda de todos los autores tratados en este texto ha sido encontrar un origen del plusvalor, pues las explicaciones del mero valor ya históricas, ya míticas, o bien, lógicas, tarde o temprano requieren explicar también el surgimiento de la ganancia, no sólo como valor, sino como ganancia en sí, es decir, como un ser que es más que sí mismo. Por ende, considero que sus esfuerzos desembocan en resolver la siguiente pregunta: ¿cómo es que algo finito puede tener una productividad de carácter verdaderamente infinito? Una posible respuesta desde el *traspaso* hegeliano es que hay una parte finita y otra infinita que se reflejan, pero no se mezclan. Esto es, que la conciliación de esta contradicción no pasa por su unión. No es necesario postular una continuidad entre el ámbito de lo material y lo nominal. Los procesos finitos siempre serán finitos, y los infinitos pertenecen a otro dominio de lo existente. Luego, la dificultad estriba primero en abrir la posibilidad de pensar más de una forma de existencia, y

después lo que hay que dilucidar son los límites a los que han de ceñirse las consecuencias que derivemos de aceptar ambas formas. Aunque pueda sonar extraño afirmar que hay dos formas distintas de existencia, el ejemplo del tiempo resulta muy ilustrativo. No pasa lo mismo cuando pensamos otros trascendentes como el espacio, o el yo, sobre todo considerando que Hegel impugna el carácter *real* de los fenómenos empíricos para trasladarlo a lo *uno*. ¿Cómo aceptar que el tiempo, el espacio o el yo sean más reales que los fenómenos observables, si aquellos más bien parecen productos del razonamiento especulativo y la abstracción? El caso de la materia considerada como un *uno* trascendente, que es el caso que nos compete, facilita mucho el entendimiento de esta propuesta de Hegel, pues fácilmente podemos admitir que es la materia indeterminada la que se encuentra a la base de todo elemento químico, y por ende, de todo compuesto, objeto, y sus fenómenos. Luego, hay partículas fundamentales que pensadas en ese nivel de simpleza no tienen ninguna determinación más que la que por sí mismas se pueden dar, pues no hay un otro cualitativamente distinto que se les oponga, por lo que su unidad jamás es limitada, son *uno*. Con todo y lo abstracto que pueda sonar esta definición de la materia, su existencia se puede afirmar desde el conocimiento empírico y científico, y no sólo desde la especulación filosófica. Dicha autodeterminación es lo que Hegel nombró *ser para sí*. El ser para sí es la forma de ser propia de lo *uno*, que es indeterminado, pues no tiene relación directa con un otro cualitativo. Pero se mantiene determinado pues es independiente de otros *unos*. El tiempo no es materia, ni estos dos son espacio, ni tampoco un yo. Cada *uno* se mantiene ajeno a los otros. Después, el problema será identificar sobre qué *uno* se puede fundamentar el valor, y sobre todo, si realmente existe, como lo hacen la materia, el espacio y el tiempo. Pero eso excede a esta investigación.

En este punto es que puedo presentar la idea final que condensa toda la exposición realizada: Marx, después de realizar su análisis de Smith, de los fisiócratas y de Steuart, y además conociendo la Lógica

de Hegel, se integró a la discusión sobre el fundamento del valor teniendo en cuenta que la solución requería de una fundamentación materialista mucho más sofisticada.

Si la definición del plusvalor, o de la ganancia positiva, nos dice que ésta es igual y distinta a sí misma, entonces debería estar sustentada por lo infinito verdadero, ya sea en el tiempo, el espacio, la materia o el yo. No en la infinitud falsa como sería el caso de la cantidad de tiempo discreto, sino en la temporalidad o el devenir. Y una hipótesis que es más interesante: el plusvalor no pertenece al dominio de las cosas físicas, pero tampoco es un simple término del concepto de mercancía, ni mucho menos es una entidad ideal o metafísica. El plusvalor se distingue ontológicamente del concepto, de las cosas, de las ideas abstractas y de las “entidades espirituales”. El plusvalor podría tener la forma del *ser para sí*. Con ello cabe también preguntarse cómo se categorizará el valor, si como finito o infinito. Y tal vez también replantearnos si la riqueza es algo finito, o bien, si hemos de redefinirla.

Para saber si el plusvalor tiene la misma clase de existencia que lo *uno* en la presentación que Marx hace de él durante el primer tomo de *El Capital* tenemos que realizar una exégesis del texto. Pero como entrar a profundidad a dicha obra va más allá del propósito de este trabajo, que aspira sólo a elaborar herramientas para una futura lectura de Marx, aquí sólo sugeriré trazos de mi propia lectura como una alternativa entre tantas posibles.

3. 1. Propuestas para una reinterpretación del plusvalor marxista

Apenas iniciamos la lectura del primer capítulo podemos observar que Marx asume varias cosas como dadas, tal vez la más relevante de ellas sea la dialéctica de lo *uno* y lo múltiple a través de lo continuo y lo discontinuo, la que da origen a la cantidad. El desarrollo que hemos seguido a lo largo de este trabajo se ha mantenido en la cualidad, porque la cantidad sólo surge a partir de la existencia de lo *uno*, y no de

las nominaciones conceptuales. Es por ello que desarrollar los argumentos de la Lógica, cuando menos hasta este punto, permite releer la entrada al texto desde otro ángulo.

Podemos encontrar cierta intención apriorística en la siguiente cita de Marx:

La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un “enorme cúmulo de mercancías”, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía.⁴⁶

Parecería que Marx da marcha atrás y regresa a la noción del valor ligada a la materia, pero no es así. Nos presenta esta idea justo para desmembrarla y revelar lo que se oculta detrás de ella. Esto sólo es posible porque ya desde este momento está suponiendo dos conceptos distintos de valor, pero que a diferencia de lo que encontramos con Smith, no se basan en dos conceptos de mercancía, sino en la diferencia entre lo cualitativo y lo cuantitativo. Con Smith vimos que el valor de uso y el de cambio eran distintos porque el primero refería a la mercancía como un objeto físico, mientras el segundo como un objeto conceptual. En esta distinción indudablemente estaba presente una noción de cantidad, pero no tenía la preeminencia teórica que le otorga Marx. Y es que a partir de la lógica hegeliana del ser para sí, la realidad fundamental de la mercancía no puede apoyarse ni en su composición física, ni en su apariencia fenoménica, ni en su concepto —que son determinaciones cualitativas—, sino en la existencia trascendente de lo *uno*. Por ende, sólo lo *uno* es aquello referente a la mercancía que no depende de la percepción ni del juicio humano, y por eso configura su objetividad en oposición a lo cualitativo, que ahora se muestra subjetivo.

Sin embargo, Marx no se restringe al pensamiento hegeliano, y al inicio del análisis de la mercancía esta inversión de lo real entre lo cualitativo y lo cuantitativo, aunque presente como contexto teórico de la discusión sobre el valor, no es incorporada en su totalidad al argumento. Pronto Marx

46 Marx, Karl, “Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (sustancia del valor, magnitud del valor)” en *El Capital. Crítica de la economía política. El proceso de producción del capital. Libro primero. Tomo I*, [Traducción de Pedro Scaron], 31ª reimp., Siglo XXI editores, México, 2014. Sección primera, Capítulo I, 1, p. 43.

elimina lo cualitativo de la discusión sobre el valor de cambio, y a la inversa, borra lo cuantitativo del campo del valor de uso. Y aunque alguna afinidad persiste entre ambas dimensiones del valor, siendo el valor de uso el “contenido material de la riqueza”⁴⁷, no hay ninguna relación causal ni relación directa entre la cualidad de las mercancías y su cantidad. No hay tampoco causalidad entre valor de uso y de cambio. Marx retoma la distinción trascendente de lo cualitativo y lo cuantitativo, pero no acepta su inversión pues ello lo arrojaría a posturas claramente idealistas. Por eso se pregunta nuevamente si hay alguna forma de fundamentar el valor de cambio, que como proporción y comparación entre mercancías, no tiene sus bases *en* la mercancía, sino *puestas en* ella desde otros bienes de modo subjetivo. Marx se halla en una encrucijada, pues de un lado a expulsado a lo particular material de la discusión, y de otra pretende fundamentar objetivamente el valor de cambio, por lo que, sin comprometerse con la dialéctica hegeliana, emprende la búsqueda de un fundamento que sea *para sí* y que cumpla con las condiciones de objetividad sin faltar gravemente a la experiencia empírica. La pregunta apropiada aquí sería, ¿cuál es ese *ser para sí* que sostiene a la mercancía?

La respuesta ya no puede ser la materia, pues al suprimir la cualidad ha eliminado esta posibilidad, así siguiendo la tradición de Smith opta por el trabajo. Es en este punto donde las críticas a la “teoría objetiva del valor” de Marx recalcan un fallo, pues el treverino hace del trabajo su fundamento trascendente, pero a la vez realiza una selección desafortunada de metáforas que *materializan* el trabajo. Con expresiones tales como “objetividad espectral, una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado”, o “cristalizaciones de esa sustancia social”⁴⁸ Marx parece anclar una vez más la investigación en los mismos presupuestos que criticó a los fisiócratas, buscando en el trabajo una fuerza, ya sea natural, ya sea de otra índole, pero en todo caso como principio creacionista.

Dicho esto, lo que me interesa resaltar es que, a pesar de esta dificultad, la búsqueda del fundamento trascendente persiste por debajo de estas metáforas. Recordemos que el fundamento de

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 45.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 47.

valor trasciende al lenguaje, no a la realidad, y por ello el problema parte desde encontrar la forma adecuada de nombrarlo y pensarlo.

Observando la mercancía individual nos dice que esta puede ser cambiada como una proporción de otra mercancía, y que la cualidad de la mercancía es sólo un *modo de expresión* de su valor de cambio. Que una cantidad cualquiera sea igual a otra, sostiene, es signo de que entre ellas hay algo en común. Pero afirmar que todas las cosas tienen algo en común que no sea la materia, implicaría que hay algún término que las constituya que permita emparentarlas. Encontrar un término común entre los conceptos específicos de todas las mercancías resulta absurdamente complicado considerando su diversidad. Por su parte, encontrarlo entre los factores de la mercancía en general no resuelve la cuestión de la proporcionalidad, determinar la proporción que compone a los factores y determinar la proporción del valor es en esencia el mismo problema de Smith.

Marx utiliza un ejemplo que bajo la lupa hegeliana arroja mucha luz. Nos dice:

Un sencillo ejemplo geométrico nos ilustrará el punto. Para determinar y comparar la superficie de todos los polígonos se los descompone en triángulos. Se reduce el triángulo, a su vez, a una expresión totalmente distinta de su figura visible: el semiproducto de la base por la altura. De igual suerte, es preciso reducir los valores de cambio de las mercancías a algo que les sea *común*, con respecto a lo cual representen un más o un menos.⁴⁹

Hegel también utiliza esta clase de ejemplos geométricos, como vimos, en el traspaso de lo finito a lo infinito, que es el momento dialéctico que da lugar a lo *uno*. Si además, como en el caso del Espacio que retraté, este puede ser discretizado gracias a lo nominal, esto no es mediante el concepto, que es cualitativo, sino por la propia forma de existencia radicalmente distinta del *ser para sí*. Aquí lo nominal no es el concepto, sino la cantidad, que determina a este tipo de existencia *sui generis*, un *cuanto*. El cuanto es una partición de lo *uno* que sigue manteniendo las mismas características que el

49 *Ibíd.*, p. 46.

uno sin determinación, a saber, ser un infinito verdadero tanto extensivamente como intensivamente. Para entender esto notemos primero que la cantidad no altera al cuanto en su propio ser para sí, sino por así decir, paralelamente a él, creando una imagen nominal del espacio. Así, el *uno* siempre es una continuidad indeterminada, pero dado que es existente en su propio sentido, cada partición arbitraria de este *uno* es discontinua, pero continua dentro de sí. Esto porque, dada cualquier partición arbitraria de lo *uno* infinito, también se puede encontrar otro infinito en su interior. Sobre esta característica de lo *uno* es que emerge el *número*. Si consideramos al conjunto de los naturales, por ejemplo, estos son infinitos extensivamente, por su parte, los infinitesimales son intensivamente infinitos en los confines de la unidad. La cantidad, nos dice Hegel, es indiferente a lo *uno*, a pesar de tener su génesis en él, esto es, que el número sigue siendo arbitrario, pues no tiene ninguna relación ni criterio de medida basado en lo *uno*. La única relación entre el número y lo *uno* es la necesidad que tiene aquel de referir al último, pero no la medida que tomará para hacerlo.

El valor desde los fisiócratas hasta Marx ha sido planteado como una propiedad intensiva de la mercancía. También para él hay una polisemia del trabajo donde este como trabajo vivo es real, y como contraparte tiene al trabajo materializado. Por lo dicho con Smith, podemos ver lo prometedor que es una perspectiva trascendente para el problema de la ganancia, y Marx también contempla una opción semejante, pues a la dinámica productiva que surge entre trabajo vivo y trabajo materializado agrega el tiempo social necesario como la categoría que le permite pensar el trabajo de manera objetiva. Marx no fundamenta el valor directamente en la materia pura, como cabría suponer, sino en el tiempo como existencia trascendente al lenguaje, como cuanto de tiempo.

Ahora cerraré este texto exponiendo lo que para mí es una idea que puede ser explorada en Marx teniendo en cuenta lo estudiado hasta aquí. Otra de las dificultades con las que se enfrenta Marx al asumir la postura material del valor es que éste no puede ser medida de sí mismo. Pero acabamos de ver que esto tampoco se puede realizar mediante la vía trascendente, dado que lo *uno* no está

determinado y los números conforman su propio ámbito ideal independiente. No obstante, lo *uno* puede ser opuesto a otro *uno*, como es el caso de las magnitudes físicas donde la medida es un resultado, o bien, de una intersección entre otras magnitudes, o bien, de una constante universal que a su vez surge de la razón entre distintas magnitudes. En el segundo caso hablamos del establecimiento de magnitudes básicas; en el primero, de la derivación de magnitudes compuestas desde las más básicas. Así, tenemos magnitudes compuestas de tiempo y espacio, o de espacio y masa, etcétera. Marx por su parte, al topar con las limitaciones del trabajo como magnitud fundamental recurre al tiempo como magnitud auxiliar. Esto es importante porque el trabajo por sí sólo no puede ser fuente de valor, como tampoco lo es el tiempo, es requerida una magnitud derivada para que dé cuenta de la productividad como la forma en que se gestiona la generación de riqueza social. Esta nueva magnitud nos habla de un fenómeno tan distinto a sus dos componentes como distinta es la aceleración a la duración y a la longitud.

Antes de reunir aquellas magnitudes en una nueva, es necesario redefinir al trabajo como trascendente. Ya en el capítulo V de la sección tercera, se encuentra escrito lo siguiente:

[...]. Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente *al hombre*. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la *imaginación del obrero*, o sea *idealmente*.⁵⁰

Con las primeras palabras de esta cita podemos deducir que, aquella actividad productiva que no se realiza de una manera humana, no cae dentro de la definición de trabajo. Una actividad ejecutada de manera automática, o instintiva, no es genuinamente trabajo, pues la esencia primera del trabajo es la imaginación del obrero. ¿Acaso es la imaginación aquel fundamento trascendente que cumple con la

50 *Ibíd.*, p. 216.

forma de ser de lo *uno*, y por ende, fuente de todo valor positivo? Es una propuesta que al menos responde en cierto grado. Si no la imaginación, al menos el *yo*, o la conciencia, ya fueron mencionados por Hegel como un ser para sí. Más aún, aquello que produce la imaginación son ideas, y pensar como meramente ideal el valor que agrega el trabajador al proceso de su trabajo resolvería el problema de la ganancia positiva, pues el presupuesto creacionista derivado de una concepción material es completamente ajeno.

Pero antes de proseguir debemos resaltar que el pensamiento de Marx no es idealista. Considerar que el valor se fundamenta en las ideas, sin clarificar cómo, sería olvidar la postura materialista de este filósofo. Para ello sería beneficioso traer a colación al menos las *Tesis sobre Feuerbach*, pero ahondar en ellas excedería el espacio de este texto, por lo que me restringiré a comentar que este proceso de pensamiento creativo es activo. La imaginación se realiza en la interacción con la realidad y no en la contemplación.

Siguiendo esta línea, Marx comenta poco más adelante que en este proceso imaginativo el ser humano se relaciona con la naturaleza transformando objetos de trabajo en medios de trabajo, que no son el producto final de su labor, sino herramientas, tecnología, técnicas, conocimiento, y en general, ingenios que a su vez le permiten avanzar y expandirse en su proceso imaginativo. Resalta la diferencia entre la maquinaria y herramientas simples (como una jarra), en las primeras hay una colección de saberes diversos, complejos y armonizados, mientras que las segundas son ideas simples pero útiles que no abren caminos al desarrollo de nuevas ideas. Por ello, retoma la definición de Franklin según la cual el ser humano es un animal que fabrica herramientas.

Así, aquella demanda de recuperar los medios de producción, desde esta perspectiva, no puede limitarse a expropiar las máquinas. A esta demanda se suma la necesidad de recuperar el conocimiento científico y tecnológico ligado a ellas, y la facultad creativa que tendría que ser inherente al proceso de trabajo.

[...]. Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la voluntad *orientada a un fin*, la cual se manifiesta como *atención*. Y tanto más se requiere esa atención cuanto menos atrayente sea para el obrero dicho trabajo, por su propio contenido y la forma y manera de su ejecución; cuanto menos, pues, disfrute el obrero de dicho trabajo como de un juego de sus propias fuerzas físicas y espirituales.⁵¹

Queda claro que el modo de producción capitalista ha sido eficaz en la reproducción del trabajo. Reproducción que salvo una reducida porción de la población que *posee efectivamente* los conocimientos que le permiten ejercer su trabajo como un juego de sus fuerzas creativas, sólo se efectúa para las mayorías como actividad automática y ajena a su voluntad. Una reproducción del trabajo bajo estas condiciones es también eficiente en el sentido en que lo era la reproducción de lo finito como ciclo de reiteraciones sin fin. Pero si la auténtica fuente del valor es la capacidad humana para generar ideas, entonces la riqueza como gestión y distribución social de los bienes producidos sólo puede aumentar a través del incremento en la eficacia en la producción de ideas, y no de la eficacia en la reproducción del trabajo automático.

Siendo ese el caso, la propiedad privada de los medios de producción, ya desde materias primas, propiedad de la tierra, y de maquinaria, hasta propiedad intelectual del saber técnico y científico, es un régimen de propiedad que niega a las masas la posibilidad de explotar sus potencias creativas, y en consecuencia, el capitalismo con este régimen de propiedad es tremendamente ineficiente pues desperdicia la mayoría de los recursos de los que toda sociedad dispone; las mentes de cada uno de los seres humanos que la componen.

En este marco, cabe también abrir la discusión sobre el papel que están jugando las tecnologías como la inteligencia artificial, cuya aplicación concreta en las estructuras sociales de propiedad capitalista en lugar de expandir su potencial como detonantes de la creatividad humana, parecen

51 *Ídem.*

conducirnos a la pasividad de meros consumidores. Para cerrar, lanzo la pregunta. ¿Será posible reformularnos nuestra vida económica más allá de las limitantes formas reproductivas del capital mediante una nueva concepción del valor?

Conclusiones

Con la exposición del problema general del plusvalor mediante el análisis que Marx realiza sobre el pensamiento de Sir Stuart James se manifestó su carácter ontológico. La ganancia representa un problema ontológico, pues, al preguntarnos por su fuente y encontrar que ella no puede situarse en la mercancía, nos tenemos que redirigir a otra cuestión: ¿qué clase de ser tiene la ganancia para que sea posible su existencia?

Avanzando el problema con los fisiócratas se hizo patente la dificultad de catalogar a la ganancia como un ser material. Se partió desde la identificación de la riqueza, el valor y la materia, para después señalar las fallas en las que se incurría al situar la generación de ganancia *en* la naturaleza, y no *mediante* las fuerzas naturales. Esto reveló también el carácter metafísico del problema. La duda sobre el ser de la ganancia se trasladó a la siguiente pregunta: ¿la ganancia surge en esta realidad y desde esta realidad, o tiene su origen en entidades superiores como la naturaleza, el derecho de propiedad o las leyes físicas?

Esta dimensión ontológica y metafísica del problema continuó y se profundizó con Smith y su justificación de la narrativa clásica de la propiedad y del valor. Dado que con Smith nace la economía clásica, ella acarrea los presupuestos ontológicos y metafísicos de la ganancia. Auxiliados por la dialéctica hegeliana, exploramos las huellas que dichos presupuestos dejaron en los conceptos de Smith, así como las falencias a las que posteriormente fueron arrastrados. Tales son la inversión de la definición de salario, la doble conceptualización de la mercancía como valor de uso y valor de cambio y su insalvable dicotomía entre un valor material y otro nominal, la fundamentación circular de los precios sobre sí mismos, pero principalmente, la fundamentación del valor en una noción idealizada y casi metafísica del trabajo.

Para terminar, observamos cómo los argumentos de Smith sobre los tipos de precios y las tasas de ingresos se dirigían hacia una concepción de la economía como un sistema global y cíclico, lo que, siguiendo la dialéctica de lo finito y lo infinito, nos permitió sugerir una explicación trascendente pero a la vez objetiva del valor. Apunté que Marx tenía presente ya en su escritura de *El Capital* los mismos recursos que aquí he empleado, es decir, su lectura de la *Ciencia de la Lógica* y de la economía política. No obstante, en coherencia con su propio pensamiento político y filosófico, y aunado a las confusiones arraigadas en la terminología que heredó de sus antecesores, optó por insistir una vez más por la vía material, aunque desde una elaboración más sofisticada, que no abordo aquí en la amplitud que merecería por exceder los fines de la investigación.

Sin embargo, quedan abiertas no sólo la resolución del problema de la ganancia, sino además la reinterpretación amplia del concepto del plusvalor presente en *El Capital* desde una perspectiva trascendente. En mi propuesta retorno al concepto de trabajo, pero procuro no hacer de él la fuente del valor por sí mismo, sino buscar otro componente dentro de él que encaje mejor con los criterios que fueron expuestos sobre la existencia de lo *uno*. Aun con ello, contemplo la posibilidad de recurrir a otros conceptos a parte del trabajo.

Bibliografía

Bichler, Shimshon y Nitzan, Jonathan, *El capital como poder. Un estudio del orden y el creorden*, [Traducción de Jesús Suaste Cherizola], Routledge, 2018.

Böhm-Bawerk, Eugen von, *Karl Marx and the close of his system*, [Edición de Paul M. Sweezy], Augustus M. Kelley, Nueva York, 1949.

Engels, Friedrich, *Carta a Werner Sombart del 11 de marzo de 1895*. Consultado en la web en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e11-3-95.htm#n2>

Gaido, Daniel, *La recepción de las obras económicas de Karl Marx entre 1867-1910*. Revista Izquierdas no. 22, versión online, Santiago, enero 2015. ISSN 0718-5049. Consultado en la web en: https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492015000100011

Hegel, G. W. F., *Ciencia de la Lógica*, [Traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo], 4ª ed. castellana, Ediciones Solar, Argentina, 1976.

Hilferding, Rudolf, *Böhm-Bawerk's criticism of Marx*, [Edición de Paul M. Sweezy], Augustus M. Kelley, Nueva York, 1949.

Marx, Karl, *Theories of Surplus-Value (Volume IV of Capital) Part I*, Ch. I, [Traducción al inglés de Emile Burns], 2ª reimp., Progress Publishers, Moscú, 1969.

Marx, Karl, *El Capital. Crítica de la economía política. El proceso de producción del capital. Libro primero. Tomo I*, [Traducción de Pedro Scaron], 31ª reimp., Siglo XXI editores, México, 2014.

Robinson, Joan, *An essay on marxian economics*, 2ª ed., MacMillan Press, Londres, 1974.

Smith, Adam, *La riqueza de las naciones (Libros I-II-I y selección de los libros IV y V)*, [Traducción de Carlos Rodríguez Braun], 3ª ed., 9ª reimp., Alianza editorial, Madrid, 2019.